

Dr. Plinio

...al Vol. IX - Nº 102 Octubre de 2026

Santidad y heroísmo



Divulgação

Alma color de amatista

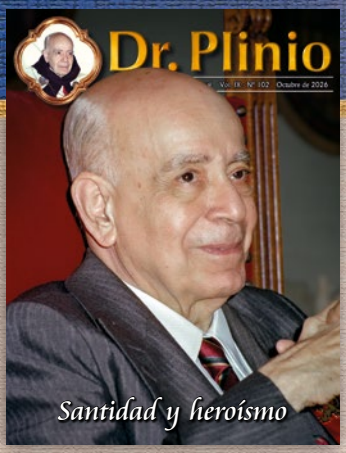
Hay personas que llegan a cierta edad y cierran la contabilidad con la vida. Y, sin una actitud acomodaticia, están con todo listo y preparándose, sin notarse claramente, para el Cielo. Entonces, hay una especie de tristeza en relación a lo que quedó, lo que les confiere un cierto color interior de amatista.

Una de las razones por las cuales me gusta tanto la amatista es porque, por algunos de sus aspectos, recuerda el alma de Santa Teresita: aquella tristeza lila y tamizada correspondería a una amatista no muy oscura.

La amatista es la piedra de templanza por excelencia, simboliza el sufrimiento en la paz y transmite una serenidad que envuelve.

(Extraído de conferencias del 23/4/1978 y 25/10/1991)

Sumario



Vol. IX - No. 102 Octubre de 2026

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

En la portada,
el Dr. Plinio en 1983.

Foto: Archivo Revista

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Segunda página — 2
Alma color de amatista

Editorial — 4
La hora de la misericordia volverá

Piedad pliniana — 5
Súplica para obtener los pensamientos y los caminos de Nuestra Señora

Doña Lucilia — 6
Tríplice reversibilidad

Eco fidelísimo de la Iglesia — 10
Fuerza contra las tentaciones

Hagiografía — 17
San Ampelio y el "turismo" de las almas

Reflexiones teológicas — 22
El Ángel Guardián, ¿cómo comunicarse con él?

Santoral — 26
Santos de Octubre

Dr. Plinio comenta... — 28
Humildad, condición necesaria para el heroísmo supremo

Apóstol del pulchrum — 31
Ejercicios de trascendencia

Última página — 36
La verdadera humildad de la Sede de la Sabiduría



Editorial

La hora de la misericordia volverá

La fiesta de Santa Margarita María Alacoque, celebrada por la Iglesia este mes, me trajo a la memoria un hecho antiguo que no es sin interés para los días que corren.

Cuando vivió en Francia la humilde visitandina a quien el Sagrado Corazón de Jesús hizo sus tan suaves confidencias, reinaba Luis XIV, al que la admiración universal consagró con el título de Rey Sol.

Este epíteto correspondía a la realidad. Tanto desde el punto de vista físico como moral, Luis XIV representaba el tipo clásico de aquellos reyes de fantasía con que ciertos cuentos suelen deslumbrar las imaginaciones infantiles.

De una hermosura viril y majestuosa, acentuada por una perfecta nobleza de porte y de gestos, y por una indumentaria admirablemente escogida, fue el modelo supremo de los gentilhombres de su tiempo. Las cualidades de inteligencia y carácter estaban a la altura de ese físico magnífico. Su inteligencia era clara, vasta, metódica e idealmente equilibrada. Su voluntad, dotada de tal fuerza imperativa que vencía cualquier obstáculo. De un soberano dominio sobre sí, no se permitía manifestaciones extremas de cólera, de placer o de dolor. Al contrario, todos los acontecimientos lo encontraban siempre igualmente sereno, grande, altivo. De tal manera su índole se había conformado con las obligaciones del *métier* de rey, que el protocolo en él era como que connatural, y hasta sus acciones más triviales denotaban la alta noción que tenía de su dignidad y de sus deberes.

Cuando Dios da a alguien cualidades naturales singularísimas, le impone implícitamente responsabilidades onerosas. Luis XIV era una de esas almas privilegiadas que Dios llama a grandes realizaciones y que, por eso mismo, están en la inminencia de caer en los más profundos abismos, caso no correspondan a la propia vocación.

Si él hubiera querido ser un nuevo San Luis, es probable que la Revolución Francesa no hubiera estallado, que la pseudo-reforma protestante hubiese sufrido desastres irreparables y que el curso de la historia, en lugar de correr por los precipicios por donde va, hubiera asumido una orientación totalmente diferente. Lo cierto es que Luis XIV no desempeñaba la misión providencial a la cual había sido llamado por Dios.

Interviene en el caso la humilde visitandina. En revelación, el Divino Redentor mandó decir al rey que se consagrase, así como al reino, al Sagrado Corazón. La comunicación fue hecha en tono imperativo y dejaba ver claramente que el rechazo del monarca acarrearía para él y para Francia los más severos sufrimientos.

Por medio de una persona de la nobleza con quien tenía relaciones, Santa Margarita María hace llegar la comunicación a Luis XIV que, sin embargo, no le da importancia, y la consagración no fue efectuada.

Rechazada así esa providencial fuente de gracias, el reino fue cayendo cada vez más por los abismos de la impiedad y del libertinaje, hasta que la manifestación de esos males, esto es, la Revolución Francesa, vino a echar por tierra el trono de los Borbones e hizo arder por el mundo entero la antorcha diabólica e incendiaria del espíritu de rebeldía.

Sin embargo, no se sabe si el recuerdo del recado de Santa Margarita María Alacoque perduró en la familia Borbón, pero es seguro que, entre los papeles de Luis XVI encontrados en su miserable prisión del Templo, se halló una nota en la cual el desdichado soberano prometía a Dios consagrarse, y a toda Francia, solemnemente, al Corazón de Jesús, lo que, desde luego, en forma privada, hizo en la cárcel. Así, decía él, sería de esperar que el Corazón de Jesús arrancara a Francia los horrores de la Revolución.

El piadoso e infeliz monarca hizo desde la prisión el acto de piedad que su poderoso antecesor rehusó hacer en los esplendores de Versalles. Pero, por lo que parece, la hora de la misericordia había pasado, y ya era tarde para detener el curso de la justicia divina.

Es posible que la hora de la misericordia haya pasado. Sin embargo, no de modo definitivo. Mientras los legisladores reforman las instituciones, los militares las fronteras y los banqueros la economía, al sabor de las herejías de hoy, en la penumbra, los santos reforman las almas y, por la reforma auténtica de las almas, destruirá la falsa reforma de las instituciones y de la economía.[*]

---

[*] Cf. "Legionario" n. 423, 20/10/1940.

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Súplica para obtener los pensamientos y los caminos de Nuestra Señora



Flávio Lourenço

Virgen de los ojos grandes
Catedral de Lugo, España

Oh María, Madre mía y Reina de los Ángeles, ordenad a mi Santo Ángel de la Guarda que actúe continuamente en lo íntimo de mi alma.

Haced que, incluso en medio del mundo revolucionario, el cual sólo arrastra para pensamientos e intereses que no son los vuestros, sino del enemigo infernal, yo tenga siempre en mente vuestros pensamientos y vuestros caminos.

Bien sé que, de esta forma, dejaré de ser infiltrado por la influencia de la Revolución y del Infierno, y pasaré a la contraofensiva, influenciando con vuestra presencia al mundo que se encuentra a mi alrededor.

Por eso, sé que seré como un portaestandarte vuestro a proclamar vuestro Reino y anticiparlo en la Tierra. Seré yo mismo como un Ángel victorioso que abre camino para el momento bendito, profetizado por Vos: "Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará." Para eso, dadme firmeza de propósito, fidelidad inquebrantable, entusiasmo tal que ningún menosprecio, ningún escarnio, ninguna persecución, ningún riesgo pueda abatir. Amén.

(Compuesta el 15/11/1976)

Tríplice reversibilidad

Fotos: Archivo Revista





Oyendo los sonidos del órgano, el Dr. Plinio percibía un instrumento hecho por la Iglesia para elogiarse a sí misma y hacerse sentir en el corazón de los fieles. El órgano, la atmósfera de la Iglesia del Corazón de Jesús y el alma de Doña Lucilia lo hacían percibir que, a pesar de ser tres realidades distintas, eran armónicas y enteramente afines, porque estaban fundamentadas en la Santa Iglesia Católica.

Cuando se es niño, la vivacidad del ejercicio de las reversibilidades es enorme. Se puede afirmar que, con el desarrollo del intelecto, la reversibilidad se va haciendo menos vivaz en los sentidos y se va volviendo más aguda en las ideas. Tengo la impresión de que, en la extrema vejez, si la suma de las edades es bien hecha y Nuestra Señora no permite al anciano una enfermedad, la reversibilidad de los pensamientos debe alcanzar el auge, mientras la de los sentidos casi no se manifieste. Es como imagino que las cosas deben pasar.

Las reversibilidades y el órgano

En mi tiempo de niño, tres cosas me venían al espíritu juntas: la atmósfera de la Iglesia del Corazón de Jesús –considerando dentro de ella a un padre celebrando la Misa, la liturgia, etc.–; otra cosa que formaba un vínculo con eso, pero distinto, era el órgano; y, después, el alma de mi madre. Hoy, analizando esa reversibilidad, veo que era como si fueran tres órganos.

Me encantaba justamente en el órgano aquello que constituye una universalidad de sonidos. En aquel

estilo, en aquella gama, me daba la impresión de estar allí adentro todos los sonidos concebibles. Era una belleza extraordinaria cómo los sonidos se revertían, se lanzaban, se combinaban, se aproximaban, se distanciaban, con gala y afabilidad. ¡Me encantaba!

Yo encontraba lo mismo en mi madre. Se podía decir que, para mí, ella era el órgano en el cual toda la elevación del espíritu y de la armonía de alma que se pudiese querer de un alma, estaban allí interpenetradas armónicamente, agradablemente.

Yo percibía bien que el órgano no era sino un instrumento hecho por la Iglesia para elogiarse a sí misma, para hacer sentir en el corazón de sus propios hijos cómo era ella. Yo interpretaba el órgano como la Iglesia narrada por sí misma, para que sus hijos la amaran más.

Toda alma fiel es como el rocío de la Iglesia

En aquel tiempo yo sentía todo esto, pero la potencia de la explicación no existía. Ahora bien, la *explicitación* [ndr. tornar algo explícito] es una alegría y expresa bien lo que yo sentía. Madurar es esto: la persona llena lo que sintió y que estaba mudo adentro, ansiando por manifestarse.

Esa reversibilidad me encantaba. Yo comprendía qué era el órgano para la Iglesia y entendía bien que mi madre tenía esas cualidades –dije cien veces, pero tengo ánimo para decir diez mil más, para agradecer a la Iglesia y, en la Iglesia, a Nuestra Señora y a Nuestro Señor Jesucristo– porque mi madre tenía eso que yo notaba; y todo eso estaba presente en ella, por ser hija de la Iglesia.

Era más o menos como el rocío para la noche. Se recorre la noche y se encuentra un aire muy agradable. Y entonces pensaba lo siguiente: "uniendo al rocío de la noche, sin que haya un momento para percibir eso, algunas de las propiedades del aire se condensan y se ponen en una hoja. Amanece, el aire nocturno pasa, pero deja en la hoja aquella señal de la espléndida noche que hubo allí."

Es uno de los elementos de poesía del rocío. A todo el mundo el rocío le parece poético, a justo título.



Pero, ¿por qué? A mi modo de ver, es por esa causa.

Y concluía: "Toda alma fiel es como un rocío de la Iglesia." Y a títulos muy superiores. El fenómeno físico, ni de lejos agota el fenómeno sobrenatural, es una mera comparación.

Consonancia con la Iglesia

Por otro lado, también es verdad que, si el alma no fuere como un rocío de la Iglesia, si no es fiel, por más que la veamos llena de pequeñas prácticas, de pequeñas devociones, será "herejía blanca", será cualquier otra cosa, ¡y con eso no voy! Es muy justo, por tanto, que, estando en la iglesia, yo pensara en Doña Lucilia. Y, estando con ella, pensase en la Iglesia.

Cuántas veces, viendo la mirada de mi madre, yo pensaba: "Esta es realmente la Iglesia." Muchas veces estuve con ella en la iglesia y la miraba de soslayo y pensaba: "¡Cómo entran en consonancia! ¡Cómo son Madre e hija, la Iglesia y ella!"

Eminentemente compasiva, discreción eximia

Hacia mí, la actitud de mi madre siempre era esta: el hombre es precario y, por más que esté bien, puede, en determinado momento, no estar bien. De manera que no se debe elogiar, se debe, por el contrario, tomar una actitud, cuando se es madre, vigilante. ¡Eso llegaba hasta lo increíble en ella!



La razón de esa actitud, tengo certeza moral de que era la siguiente: era incluso un juicio maternalmente generoso que ella hacía a mi respecto. A ella le parecía que yo era más sobresaliente en varios aspectos que muchas otras personas que me rodeaban, sea en las relaciones sociales, sea en las relaciones familiares. A ella le parecía eso bastante notorio como para no ser necesario decirlo.

Ahora bien, con su conmiseración, ella era una persona eminentemente propensa a la compasión, era compasiva cuanto se puede ser. Nunca vi a nadie ser compasivo como ella. La comparación en la cabeza de Doña Lucilia era hecha de madre a madre, y ella se sentía medio colega de todas las madres que hay, en cuanto madre, a propósito de la maternidad. Y para otras debería ser muy doloroso, no tanto reconocer que yo pudiese tener alguna cualidad un tanto mayor que sus hijos, sino de ver a la madre de aquel hijo más dotado hacer comparaciones. ¡Entonces, ella era de una discreción eximia!

Me parece que eso participa de cierta dulzura suya, que está en el *Quadrinho*[1]. Su trato estaba todo impregnado de cosas de esas.

Frente al elogio, una escuela

Mi madre tenía una enorme veneración por su padre. Si hubo alguien a quien ella quiso bien, fue a su padre. Ella pensaba que él, si me conociese, tendría entusiasmo por mí. Y ahí dejaba filtrar lo que ella pensaba a mi respecto. Para que un hombre paradigmático como él tuviera hacia mí esas disposiciones, se ve que lo ella pensaba a mi respecto. Ella contó muchos episodios suyos con su padre, pero nunca me contó un episodio en el cual me elogiase.

Su predilección era por su padre, pero también quería mucho a su madre. Ella cuidaba a su madre, era ejemplarísima en eso. A pesar de toda la amistad ardorosa que tenía para con su madre, yo nunca la vi hacer un elogio sobre ella. No me acuerdo, puede ser que la haya elogiado, en alguna ocasión, no estando presente su madre. Una que otra vez, en actitudes que su madre tomaba y no siempre eran comprendidas, ahí la elogiaba. Era un elogio de defensa. Así, gratuitamente, por expansión



El Dr. Antônio Ribeiro dos Santos, padre de Doña Lucilia

de afecto, no hablaba. Creo que eso obedecía a la idea de que los elogios los dejamos para el Cielo.

Es una cosa razonable. Yo ya no fui de esa escuela. Cuando comenzó a envejecer mucho, con pena de ella, no habiendo otro modo de agradarla, yo la elogiaba para ella misma. Era en tono de broma, pero la elogiaba mucho.

Mi madre tomaba una actitud como si el elogio no fuese para ella. No quedaba, ni podía quedar desagradada, ni manifestaba desagrado, si no yo no actuaría así. Pero ella hacía más o menos como se hace cuando se está detrás de una ventana y cae lluvia en el vidrio. La lluvia cae y muere en el vidrio. El elogio no penetra en el amor a sí mismo. Así hacía ella.

Es toda una teoría del elogio, una cierta escuela, un modo de ser así.

Respetabilidad de la Iglesia

En el trato con todo el mundo, ella también reflejaba mucho a la Iglesia. No hay nadie que penetre en una iglesia o en un ambiente verdaderamente católico que no se sienta respetado. La Iglesia verdaderamente católica es así: es respetable. Sin em-



El Dr. Plinio con su hermana, Doña Rosée, en un restaurante de Campinas, en 1962

bargo, en el modo de verse la respetabilidad de la Iglesia, ella pone en nosotros la respetabilidad que tiene. Ella nos mira respetuosamente desde lo alto de su superioridad; eso se refleja en nosotros, va de nosotros hasta ella, nosotros nos arrodillamos.

Cuando se traspone una iglesia, una capilla o cualquier edificio religioso, verdaderamente uno se siente envuelto por una atmósfera profunda de afecto, de respeto que penetra hasta los poros de la piel. Así también era Doña Lucilia con todo el mundo.

Educadora sumamente respetuosa

Creo no engañarme diciendo que era muy especialmente a mi respecto que ella ejercía, en toda su plenitud, su función materna. Hasta después de ser un hombre enteramente hecho, ella, a veces, me advertía de una cosita que no estaba bien hecha. Seria, porque ella era muy seria, miraba eso así...

Basta decir esto: a veces yo tomaba sorbos demasiado grandes de agua, era un hombre ya de cuarenta, cincuenta años, ella decía: "*Filhão*[2], sorbos más pequeños." Ella sabía que yo no iba a mudar, debía ver que está en mi temperamento, en todo mi modo de ser: "Si es para beber, ¡bebamos grandes sorbos!" Mi temperamento no era el suyo. Pero era su hijo, haciendo alguna cosa que no estaba de acuerdo con la medida que a ella le parecía acertada; entonces corregía con mucho afecto: "*Filhão*, sorbos grandes no."

A veces era la comida. Pedazos grandes de comida… ¡Así se saborea! Sé perfectamente que la buena educación no es esa; si yo estoy en una mesa de ceremonia, debo comer bocados más pequeños, sé eso. Pero no estando en una mesa de ceremonia, como a mi gusto. Ella decía: "*Filhão*, el pedazo…" Yo respondía con una pequeña señal, y continuaba conversando.

Ella ejerció una función educadora hasta el fin. ¡Sin embargo, me trataba con un respeto! Y me acuerdo que, siendo niño, ella tenía una puntica que tendía hacia la veneración. Veneración de la esperanza materna que después se hizo veneración de certeza. Y creo tampoco exagerar al decir que esa veneración fue creciendo y, poco a poco, completándose por la confianza. Creo, certeza no puedo tener, justamente por su extrema discreción. ❖

(Extraído de conferencia del 28/4/1981)

---

1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.

2) Del portugués: aumentativo afectuoso de hijo.





Arquivo Revista

Fuerza contra las tentaciones

Por naturaleza, ningún hombre tiene fuerza para vencer las tentaciones. Por medio de María Santísima deberá pedir la gracia de resistir a las malas inclinaciones y a las sugestiones del demonio, así como una voluntad robusta para rechazar las tentaciones tan pronto como se vislumbren en el horizonte.

¡La tentación! ¡Qué capítulo tan doloroso y tan glorioso de la historia del hombre! Para alguien que se toma en serio la Fe y la vida espiritual, nada es tan duro como la tentación, ¡y nada es tan glorioso como vencerla!

La integridad del hombre antes del pecado original

¿En qué consiste propiamente la tentación? Es un movimiento interno del alma hacia el mal, que puede tener dos causas: natural y preternatural.

La causa natural nos viene como consecuencia del pecado original. Antes del pecado, Adán y Eva eran íntegros, no tenían la culpa que desorganizó su propia naturaleza. Y, por eso, no tenían apetencias hacia el pecado, sino que sólo tenían el deseo del bien, y su naturaleza no se inclinaba hacia el mal.

No sé, si ya imaginaron la felicidad que algo así representa.

Vamos a transponer esto de los términos paradisíacos a la vida terrenal. Imaginemos, por ejemplo, a un niño de ocho o diez años. Este niño, cuando llega la hora de estudiar, no tiene pereza y aprende las cosas con facilidad; le resulta agradable cumplir con su deber. Aprende y se siente contento.

Si en alguna ocasión tuviera interés en mentir o decir algo equivocado, ni siquiera se le pasaría por la cabeza mentir; contaría la cosa correcta y le resultaría agradable hacerlo.



Flávio Lourenço



Flávio Lourenço

La verdad le florece en su boca como la rosa en el rosal.

No siente cansancio, ni siquiera sabe lo que es, porque es señor de sí mismo por completo. Si fuera necesario caminar, al ser dueño de su musculatura, camina todo el tiempo que sea necesario. Pero, sobre todo, como es el rey de la naturaleza, ordena que se acerque un animal; este acude presuroso, contento y se postra ante él. Se sienta sobre el animal y le ordena adónde debe ir, soltándolo cuando llega a su destino.

Si este niño está paseando por el campo y pasa una linda mariposa azul y plateada que revolotea a su alrededor, él le ordena que se pose en su dedo, y ella se posa contenta.

Y si en una lejana colina asoma un león al que hace mucho tiempo que no ve, si el niño lo llamara, el animal desciende por las poéticas lomas de la montaña y se presenta a sus pies. Le ordena que dé vueltas, juega un poco con su melena y le parece hermoso. El león ruge, pero él no siente el más mínimo miedo.

En caso de que se acerque a un lago o a un río donde hay peces, los llama y estos aparecen; él los observa y queda encantado.

Cuando encuentra una fruta que desea comer, el árbol se inclina. Tiene dominio sobre toda la naturaleza, sobre las cosas que existen fuera de él; sobre su cuerpo, que no está sujeto a la enfermedad, ni al cansancio, ni a la muerte; sobre todo —¡ah!, sobre todo...! — tiene dominio sobre todo su ser espiritual e intelectual.

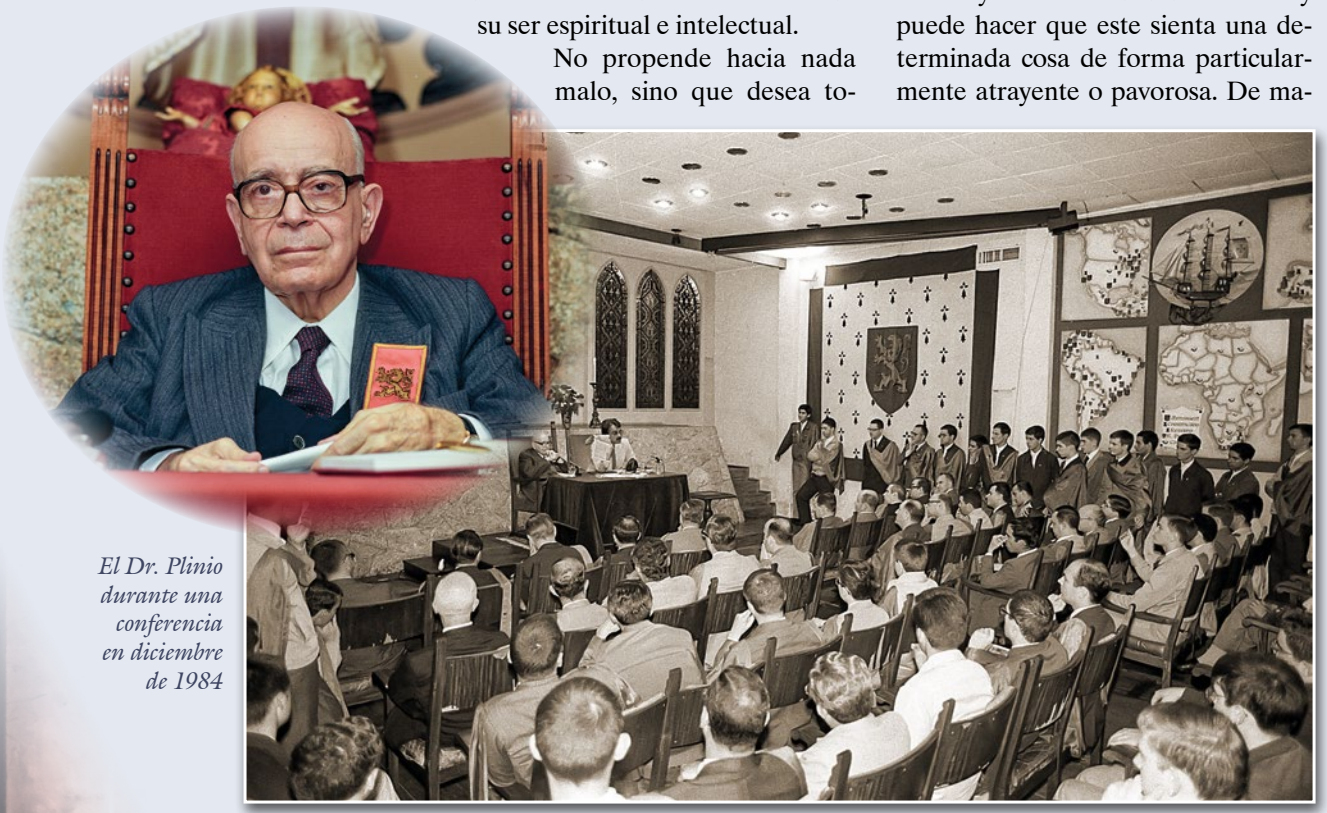
No propende hacia nada malo, sino que desea todo cuanto es bueno. Así pasea por el Paraíso, encantado de contemplar las cosas, ¡hasta que llega el momento en que Dios desciende con la brisa y viene a conversar con él!

Este panorama se adapta tan bien a nuestra naturaleza que no puedo evitar sonreír mientras la describo.

Poder del demonio sobre la imaginación y la sensibilidad

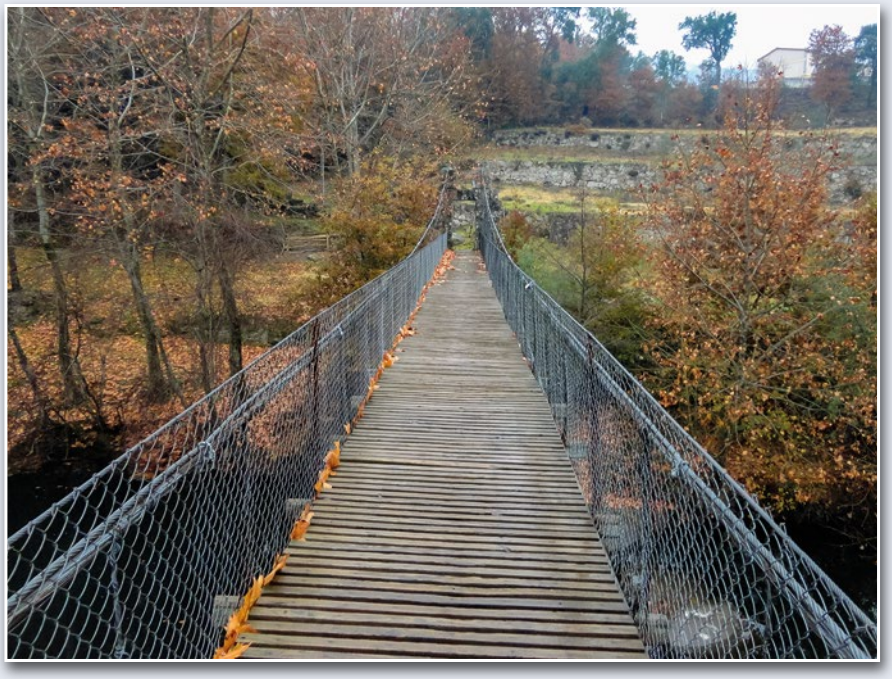
Sin embargo, al hombre, que no tenía ninguna mala inclinación ni tentación nacida de su propia naturaleza, Dios permitió que fuese tentado por un ser externo, el demonio, un ángel. Hay millares de ángeles condenados al Infierno por toda la eternidad, porque se rebelaron contra Dios y no quieren otra cosa que perder a los hombres, razón por la cual, continuamente, en la medida en que Dios se lo permite, vienen a la tierra y presentan la tentación al hombre.

¿En qué consiste esa tentación? El demonio tiene poder sobre la imaginación y la sensibilidad del hombre y puede hacer que este sienta una determinada cosa de forma particularmente atrayente o pavorosa. De ma-



Arquivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en diciembre de 1984


Francisco Alvaro

nera tal que, mediante esa sensación, atraiga o ahuyente al hombre.

Imaginemos a un hombre en nuestras condiciones actuales, con el pecado original, que va a cruzar un puente. Tiene miedo porque cree que no está muy firme, pero tiene el deber de cruzarlo, por ejemplo, para ir a Misa. Esa leve impresión no justifica que pierda la Misa. Entonces, el demonio le infunde miedo: "Mire esa agua que fluye... ¿Ya pensó alguna vez en lo que pasaría si el puente se derrumbara y un madero le cayera en la cabeza? ¿O si se golpeara el cráneo contra una piedra del fondo del río…? Le saldrían ampollas y la sangre le subiría… Dentro de unos días se encontraría un cadáver hinchado por el agua, enorme, allí más adelante. ¡Estaría muerto! ¡No cruce el puente!"

No le apetece cruzar. El demonio no quiere que la persona vaya a Misa. Ella misma siente que ese miedo es un poco exagerado, pero no tiene una crítica muy sólida al respecto y se queda con la duda. Debe darse cuenta de que es cosa del demonio y debe vencerlo diciendo: "*¡Vade retro, satana! Angele Dei, qui custos es mei, me tibi commissum pietate superna, illumina, custodi, rege et guberna!* ¡Ángel del Señor, que eres mi celoso guardián, ya que la piedad divina, me ha confiado a ti, ilumíname, protégeme, dirígeme y gobiérname!" —¡Y siga caminando! ¡La tentación ha sido vencida, el demonio ha sido derrotado!

El demonio puede intensificar mucho esa impresión. Por ejemplo, la persona está cruzando el puente, de repente pisa una tabla, y esta, precisamente, se está tambaleando: "El puente está empezando a derrumbarse, ¡vuelva corriendo hacia atrás!". La tentación nunca dirá: "Termine de cruzar el puente hasta el final", porque entonces, ahí va la Misa. Al contrario: "Vuelva corriendo hacia atrás, es la única salida que tiene". La persona se siente aún más desconcertada y, en un momento dado, no lo atraviesa. ¡No venció la tentación! El demonio aumentó una sensación de pánico, haciendo que, en la imaginación del individuo, la sensación real de peligro crezca. Y el individuo cedió, cuando debería haberse dado cuenta de que se trataba de una tentación; ha pecado.


Divulgação (CC3.0)

El demonio tentando al Doctor Fausto

Ilusiones creadas por el demonio para llevar al pecado

Esto ocurre cuando se trata de algo desagradable. Pero, con mucha más frecuencia, el demonio nos hace sentir que determinadas cosas son agradables. Y entonces, por ejemplo, quiere evitar que un novato acuda a la sede del apostolado durante el día. Abre la ventana y se depara con un día muy bonito. En ese momento ve pasar a un primo en su coche; este toca el claxon y le llama: "¡Ven aquí!". Él mira y se queda deslumbrado: el coche, el primo que lleva una lancha en la parte trasera y que le va a llevar a Santos. El primo le dice: "¡Tonto! ¿Qué hace ahí? ¡Suba, nos vamos a Santos, yo lo pago todo!" El mar, el día precioso, la comida, el primo que le contará chistes, ¡todo es gratis! ¡Es algo incomparable!

Esa impresión natural que el individuo puede tener, el deseo de divertirse, es aumentada por el demonio como si fuera a través de una lupa. El joven ve que aquello es una maravilla. Cede. ¿Con qué se va a encontrar en Santos? ¿Qué cosas inmorales en las playas, qué conversaciones en los círcu-

los que frecuenta, qué ocasiones de pecado va a tener por todas partes? El joven pensará, porque el demonio miente: !¡Tu resistes! Llévese su rosario, bien escondido de su primo, porque él no lo tolera, pero llévelo. ¡Téngalo en la mano en el momento de la tentación!!. ¡No es verdad! Porque lo facilitó, se expuso al peligro. El demonio aumentó la sed de aquello, una sed devoradora: !¡Yo también iré a Santos!"

El individuo pecó innumerables veces durante su estancia allí, al menos con pensamientos y palabras. Pecó y regresa a São Paulo abatido, triste, al igual que su primo; por el camino de vuelta, ambos casi no hablan. El primo lo deja en casa y desaparece. Se queda sólo ante el problema de dar explicaciones a quienes frecuentan con él una de nuestras sedes, explicándoles por qué no acudió el domingo.

Vacilación entre la ayuda del Ángel y las tramas del demonio

Llega nuevamente la ocasión del demonio: "¿Ya llegó a pensar que allí se encontrará con tal señor, que le mirará y hundirá esa mirada hasta lo más profundo de sus ojos? ¿Qué hará en ese momento? ¿Le contará lo que hizo? ¿Ha pensado ya en la mala impresión que va a tener de usted?"

El Ángel de la guarda le susurra al oído: "Hijo mío, ¡vaya! Será un poco incómodo que le cuente lo que ha hecho, pero él inmediatamente le dirá que tenga ánimo, rezará con usted, le recomendará que se confiese con un sacerdote, que reciba la absolución y que no vuelva a pensar en ello. Será la paz de su alma".

Escucha un poquito, la tentación vuelve: "El sacerdote también considerará que lo que ha hecho está mal…"

¡Es la tentación! El individuo está proyectado a un ámbito mayor que el de su propia naturaleza. El ángel le ayuda con luces que no son humanas; el demonio le tienta con impresiones que tampoco son humanas. Se encuentra allí, vacilando entre la ayuda angélica y la perdición satánica.



Arquivo Revista

Estamos sometidos a los deseos desordenados

¿Cómo hacer para vencer una tentación? Hay dos defensas. En primer lugar, contra la tentación natural; después, contra la tentación preternatural. No debemos imaginar que vencemos todas las tentaciones únicamente combatiéndolas una a una. Esto no es verdad. Por causa del pecado original, nos volvimos muy diferentes de lo que eran nuestros primeros padres.

Adán y Eva pecaron y quedaron sometidos a los deseos desordenados, a la muerte, a la enfermedad y al cansancio; la mujer quedó sometida a dar a luz a su hijo con dolor, y la vida pasó a ser difícil. El hombre, por su propia naturaleza, sintió un horror constante ante las dificultades de la vida. Por otro lado, desarrolló un apetito, a menudo exagerado, por algunas de las cosas agradables de la vida.

Todo hombre siente horror por ciertos esfuerzos y sacrificios, y tiene deseos de ciertos tipos de placeres. Ante todo, el pecado contra la castidad es el placer que más atrae a las miserables criaturas humanas. Pero, además, hay una cantidad de otros placeres, uno de los cuales es el del orgullo, la vanidad y el amor propio. Ser más que los otros, mirar a los demás desde arriba, compararse con ellos, despreciarlos, hablar mal de ellos para evitar que se forme de los demás una opinión mejor que la nuestra, difamarlos. Todo ello es fruto del orgullo.

Fuerza y eficacia de la preparación previa

El orgullo y la sensualidad son las dos principales tentaciones naturales del hombre. El hombre no resistirá todas las ocasiones de tentación con-

tra la pureza si trata de no caer únicamente cuando se enfrenta a algo impuro. Tiene que prepararse previamente y pensar en lo siguiente: "¡Soy pecable, soy débil! En los momentos de tentación contra la pureza, ya he comprobado que puedo caer fácilmente. La apetencia es tan grande y tan miserable que, en un instante, puedo violar el Sexto Mandamiento, que dice: 'No pecarás contra la castidad'".

Y, por ello, desde ya, debe reflexionar sobre lo malo que es pecar contra la castidad; cómo se degrada el hombre que no es capaz de contener los deseos de su propio cuerpo y actúa como un animal desordenado; lo censurable que es el hombre que se deja arrastrar por el desbordamiento de su propia impureza.

Es necesario que, en los momentos en que el joven está solo, vistiéndose, lustrando los zapatos, cepillándose los dientes, haciendo las mil cosas que se hacen estando solo, o está estudiando cualquier cosa, debe tener una segunda intención, una segunda idea, una segunda preocupación: "Si viene algo que vaya en contra de la castidad, desviaré mi espíritu, apartaré la mirada, taparé mis oídos; ¡no quiero oír nada que vaya en contra de la castidad!"

¡Es duro! Pero, ¡cómo admiro esa dureza! ¡Cómo respeto y venero a aquellos que tienen la fuerza de voluntad, que proviene de la costumbre de decir "no" a sus malas inclinaciones, cuando estas se asoman en el horizonte!

¡Es absolutamente evidente que esto inspira admiración! El hombre casto se gana el respeto de los demás, incluso cuando estos fingen


Rodrigo C. B.

Nuestra Señora de la Pureza – Basílica de San Andrés del Valle Roma

burlarse o reírse. Y, de este modo, el hombre casto adquiere un dominio sobre sí mismo y una coherencia, una lógica y una transparencia de espíritu que repercuten incluso en su inteligencia. Esta se vuelve más ágil, más clara; su capacidad de expresión se vuelve más fluida, más lógica; sus acciones son más naturales, sus pensamientos están más definidos, ¡simplemente porque practica la pureza!

El joven que quiere practicar la pureza debe fijarse en sus compañeros que son así y decir: "¡Qué hermoso, noble y limpio es esto! ¡Y cómo me entusiasmo con esto! ¡Yo haré lo mismo!" Así adquiere la determinación habitual de luchar contra la impureza, de modo que, cuando se presenta la tentación, no cae. Pero, si cada vez que surge la tentación mantiene una conversación como la que hemos visto antes, ¡es evidente que, de vez en cuando, ha de caer!

Algo que puede tanto suceder como no suceder, de vez en cuando sucede. Ahora bien, un hombre que no tiene una resolución firme, profunda y estable de no pecar contra la castidad, que no tiene una convicción clara, racional y positiva de por qué es noble y bello ser puro, este hombre, cuando se presenta la tentación, comienza a vacilar. Y cuando vacila, puede tanto caer como no caer. Es algo evidente. Y si puede tanto caer como no caer, de vez en cuando cae.

Después dirá: "No pude resistirlo…". Estimado amigo: al menos sea honesto; usted no se preparó, no tomó una de esas decisiones que equivalen a una preparación previa. Y por eso le sucedió lo que le sucedió. ¡Pida perdón y decida aplicar el remedio en la raíz del mal! ¡Y esto se debe a que usted no tiene ese estado habitual del alma de admiración por la pureza!

El individuo debe saber razonar y explicarse bien a sí mismo el porqué de la pureza, y comprender que es algo que agrada enormemente a Dios, ¡es razonable! Practicar la pureza —y ahí entra la decisión firme— exige sacrificios; "haré esos sacrificios, ¡pero no caeré en la impureza!"

El dinamismo de las tentaciones preternaturales

Entonces, ahora surge el problema: ¿Existen tentaciones meramente naturales? ¿Existen tentaciones meramente preternaturales? He oído decir que hay una escuela de teólogos que afirma esto y otra que lo niega: que, cuando hay una tentación natural, entra en juego lo pre-

ternatural. Y, por el contrario, cuando hay una tentación preternatural, la naturaleza ya viene galopando atrás y prestando solidaridad. Confieso que me inclino por esta escuela. Viendo a una persona con una tentación natural, el demonio inmediatamente la vigila, se abalanza y comienza a susurrar y a aumentar aquella impresión.

Sin embargo, hay algunas tentaciones en las que el factor preternatural es muy visible. ¿Cuáles son? ¿Cómo se puede distinguir una tentación en la que la acción del demonio es particularmente intensa? Esta tentación se produce, sobre todo, con algunos síntomas; uno de ellos es la perturbación. Cuando la persona se perturba y queda agitada, tengan por seguro que el demonio está dentro. El Espíritu de Dios es de paz. La perturbación es un mal y debemos resistirla por todos los medios.

Por otra parte, el hombre debe, por su propio movimiento, prestar mucha atención a lo siguiente: cuando está obcecado por una idea y esta no se le va de la cabeza, es mucho más probable que se trate de una idea preternatural. Y, a veces, es algo insignificante.

Por ejemplo, una persona forma una idea fija de pasar por un bar y tomarse una copa de algún licor. Si esa idea le da vueltas sin cesar, ¡tenga cuidado! Porque tomarse una sola copa en un bar no es pecado. Pero, si se convierte en una idea fija, hay algún desorden detrás de ello. Y en ese desorden entra algo del demonio. ¡Cuidado con el demonio! Cuando tengan cualquier idea fija, sepan decir: "No caigo en eso, porque sospecho que allí está el demonio".

Principio del "agere contra"

Estoy seguro de que, si la persona se resiste, enseguida surge una observación: "Pero, ¿por qué? Eso no es pecado. ¡Tomarse una copa de licor no tiene nada de malo! ¡Pregúntele a cualquier sacerdote!". Es evidente que el sacerdote dirá que no es pecado. En sí mismo, ¿qué pecado hay en tomarse una copita de anís? No hay pecado, es evidente. Pero es el susurro del demonio en el interior del alma.

Esa idea fija indica que, o bien el demonio quiere hacer que a la persona le guste eso en exceso para inculcarle el vicio, o bien quiere que la persona vaya allí para tener un encuentro determinado que va a hacerle daño. Algo quiere, y siempre que nos demos cuenta de que el demonio quiere algo de nosotros, debemos hacer lo contrario.

Es el *agere contra*, hacer lo contrario tal y como lo indicó San Ignacio de Loyola: si el demonio se lo pide, haga lo contrario, ¡a ciegas! "¡No, no y no!" Y si pregunta por qué, no debo darle respuesta, ¡se acabó! Con una mujer de mala vida no se habla, y menos aún con el demonio.

Quien tiene el alma así forjada, ese tiene la posibilidad de resistir las tentaciones.

El vicio de reír

Otro vicio es el de reír. Hay gente que no saben vivir si no es riendo o haciendo reír a los demás; la risotada es para ellos el aire que les permite respirar. Basta con que la persona se dé cuenta de que tiene el vicio de reír para comprender que no debe hacerlo; ¿por qué? Porque es una tendencia deformada y exagerada del espíritu. Reír de vez en cuando ante algo que tiene gracia está de acuerdo con el orden de la naturaleza. Pero, en sí mismo, es un defecto encontrar agrado únicamente en la risa y en la broma, y pasar toda la vida deseando bromear y haciendo que los demás se rían con payasadas, y considerar con fastidio una conversación elevada, una conferencia seria o una buena lectura.

Conclusión: la persona debe ir al punto opuesto y reírse sólo en contadas ocasiones, cuando la situación buenamente lo requiera. Fuera de eso, no se ríe; y mucho menos cuando el motivo de la risa es la inmoralidad. Ahí sí, la persona puede mejorar. De lo contrario, acaba en una crónica falta de seriedad que desemboca en una crónica falta de amor a Dios. Porque Dios es sumamente perfecto e infinitamente serio, y quien vive en medio de la broma no lo ama.

He aquí la descripción de los problemas de la tentación y cómo prepararnos para resistirla.

Tener el alma en sus propias manos

El demonio puede sugerirle a alguien la siguiente objeción: "Dr. Pli-



J. P. Braido

nio, así la vida se vuelve muy difícil, no puedo soportarlo". Yo respondo: "Hijo mío, es exactamente lo contrario. Intente vivir así y verá la paz, la alegría que tendrá su alma y cómo usted vivirá bien".

Una de las mentiras más notorias del demonio es la idea de que en el pecado se encuentra la felicidad. Esta se encuentra precisamente en lo opuesto: en la pureza, en la sobriedad, en el completo dominio de uno mismo, en ese magnífico estado del alma del que habla el epitafio de Fray Galvão, en la iglesia de Nuestra Señora de la Luz.

En la lápida, figura en latín, una breve biografía suya: "Aquí yace Fray Antonio de Sant'Ana Galvão, fraile franciscano, fundador del convento, etc.", y al final dice: "*Qui animam suam in manibus suis semper tenens, placide obdormivit in Domino*", "que, teniendo siempre en sus manos su propia alma, durmió plácidamente en el Señor".



Arquivo Revista

Es más importante que el hombre sea el señor de su alma que haber conquistado imperios, ser propietario de parques industriales o de grupos bancarios, o ser una celebridad como actor o en cualquier otro ámbito. Eso lo logró el humildísimo Fray Galvão y, por causa de ello, hasta hoy, las almas que pasan por allí con deseos de fidelidad entran y le rezan. Y quiero creer firmemente que él se alegra cuando se le pide la gracia de tener siempre en las manos el alma propia. Ese es el dominio.



Luis C. R. Abreu



¿De qué sirve ser un Napoleón que conquista muchos pueblos si uno no se domina a sí mismo? Prefiero, más que cualquier otra cosa, al más humilde de los homúnculos o a las mujercillas que pasan por la calle llevando una carga, con los tacones desgastados, con un jersey raído, con un chal rozado, pero que tienen un semblante firme, que miran al frente, tienen el paso seguro y que tiene en sus manos su propia alma.

Para ello es necesario tener fuerza. Esta frase lo expresa muy bien: "¡Fuerza, energía, énfasis, resolución!". Ningún hombre —yo, por ejemplo— no tiene por su naturaleza ni fuerza, ni energía, ni énfasis, ni resolución para resistir al pecado. El remedio es pedir la gracia de Dios. ¡Ahí es cuando nuestra alma se vuelve vigorosa, tiene fuerza, energía, énfasis y resolución!

La gracia actúa de tal manera que infunde fuerza, energía, énfasis y resolución a nuestra voluntad. Por lo tanto, eso sólo se consigue obteniendo la gracia de Dios, pero quien no la pide por medio de la Santísima Virgen, no la consigue. Nuestro admirable San Luis María Grignion de Montfort enseña y cree en la verdad de fe –la cual yo espero que la Iglesia algún día aún convierta en dogma– sobre la mediación universal de Nuestra Señora.

Es decir, todo lo que un hombre o la Corte Celestial pida a Dios sin hacerlo por medio de la Virgen, no lo obtiene. Cuando un solo pecador en la Tierra pide algo por medio de Ella, por más empantanado que esté en el pecado, lo obtiene. Por medio de María Santísima suben a Dios todas nuestras oraciones y bajan sobre los hombres todas las gracias. Debemos, por tanto, pedirle a Ella que nos conceda la energía necesaria para ello. Si llegamos a esta conclusión, entonces habremos hecho una meditación muy buena sobre la tentación. ❖

(Extraído de conferencia del 15 de diciembre de 1984)



Fallaner (CC3.0)

San Ampelio y el "turismo" de las almas

Los verdaderos monumentos de este mundo, son las almas de los hombres. San Ampelio fue, muy probablemente, un modelo en discernir, contemplar y admirar las almas.

Tenemos un tema que tratar sobre la biografía de San Ampelio el Herrero[1].

Santo Ermitaño y herrero

La vida de San Ampelio, apodado "el Herrero", es completamente legendaria. Se sitúa en Egipto y era herrero de profesión.

Aspirando a una vida más perfecta y siempre buscando a Dios, buscó a los solitarios habitantes de la Tebaida y les ofreció diversos servicios, incluyendo los propios de su oficio.

A medida que Ampelio progresaba rápidamente y caminaba con confianza por el camino que lleva al Cielo, el demonio, enfurecido, decidió actuar para destruirlo. Se transformó en una joven desvergonzada y se presentó al Santo Confesor, quien lo derrotó fácilmente.

Cuando la mujer se le acercó, intentando seducirlo, el herrero, con un hierro al rojo vivo en las manos, se abalanzó sobre ella para quemarla y la desterró para siempre, con la ayuda de Dios.

Ya anciano, dejó la Tebaida y se dirigió a las cercanías de Génova, donde llevó una vida de santidad y contemplación, falleciendo allí el 5 de octubre, alrededor del año 410.

San Ampelio es el santo patrono de los herreros.

Herrero ambulante en la Tebaida

Decir que su vida es completamente legendaria es una forma de hablar. Si fue canonizado por la Iglesia, entonces hay certeza de que



Divulgação (CC3.0)

San Ampelio - Iglesia de San Ampelio, Bordighera, Italia

existió y, de hecho, fue un santo. A menudo, las primeras canonizaciones no se realizaban de forma regular. Existía una inspiración del Espíritu Santo que llevaba a la gente a considerar a alguien como santo. Y entonces, efectivamente, era proclamado santo. Pero la autoridad de la Iglesia también intervenía, aunque sin el proceso de canonización regular que se lleva a cabo hoy en día.

Los datos biográficos de este santo son muy escasos y, por lo tanto, los comentarios que puedo hacer sobre él también lo serán. Sin embargo, podemos imaginar más o menos cómo habría sido la vida de San Ampelio como herrero itinerante en la Tebaida del siglo V.

Precisamente en ese siglo, la institución eremítica estaba adquiriendo su verdadera forma. Porque durante los siglos anteriores, especialmente los siglos III y IV, en los imperios romanos de Occidente y Oriente, los católicos fueron duramente perseguidos. Sus vidas eran extremadamente difíciles, y muchos huyeron al desierto para evitar ser arrestados o torturados. Allí, en ocasiones, pasaban una larga vida, hasta noventa años o más, en la absoluta tranquilidad del desierto, rezando a Dios y pidiendo por la Iglesia Católica, que era tan perseguida.

Grandes pruebas para almas muy amadas.

En esta Tierra, Dios no permite que la vida de nadie esté exenta de grandes pruebas. Y, sobre todo, éstas son pruebas incluso heroicas, para aquellos a quienes Dios ama más y destina a prestar un servicio más especial a la Iglesia.

No debemos imaginar que el único martirio que sufrieron estos ermitaños, al ir a la Tebaida, fue el del aislamiento y el silencio, que de hecho constituían un martirio. Imaginemos en el hombre, que posee el instinto de sociabilidad y, por lo tanto, la tendencia a comunicarse, el sufrimiento que puede representar pasar cuarenta o cincuenta años sin ver absolutamente a nadie, salvo uno o dos visitantes ocasionales, a quienes nadie conocía bien.

Porque, si bien a veces podía ser un alma necesitada que oía hablar de aquel ermitaño y emprendía un arriesgado viaje para pedirle oraciones, a menudo se trataba de algún bandido o criminal político que huía de la policía o las autoridades, algún loco, algún demente; a veces, incluso, una persona poseída por el demonio que deambulaba por esas zonas.

Es necesario añadir algo curioso y real. Los lugares muy yermos y aislados, si no son muy afortunados, a veces son infestados especialmente por el demonio. Por ejemplo, ciertos bajíos o cuevas muy profundas, ciertos lugares horribles a los que nadie va, pantanos, lugares malolientes, son sitios que los demonios buscan fácilmente como morada habitual y de donde emergen para infestar. Y estos ermitaños se asentaban donde podían. A veces eran lugares hermosos, a veces feos o incluso comunes. Estaban allí, sufriendo todas las incomodidades del aislamiento, incluyendo una cierta presencia preternatural.

El hombre, hecho para la lucha, sufre pruebas interiores

Pero eso no es nada. El hombre es de tal manera hecho para la reflexión, para la lucha y para el dolor, que cuando él huye de ello y se pone en el desierto, dentro de su alma nacen los problemas, nace la lucha y nace el dolor. Y acaba entonces padeciendo las pruebas interiores que a menudo son más terribles que las pruebas exteriores.

¿Qué es una prueba interior? Un ermitaño va al desierto; en los primeros tiempos, siente una alegría, un consuelo, las gracias de Dios inundan su alma; poco a poco todo



Gleb Simonov (CC3.0)

Tebaida, siglo V - Museo Florentino, Italia



José Rosael/Hélio Nobre/Museu Paulista da USP(CC3.0)

Región del Convento de la Luz en 1860 - Museo Paulista, São Paulo

aquello se va apartando y pierde toda la unción primera. Él empieza a sentirse aislado, triste, deprimido, abatido, con malestares, preguntas e inquietudes. De repente, la tentación comienza a bullir en su alma. Y con la tentación, a veces también comienzan las infestaciones diabólicas.

La peor de todas es la tentación contra la fe. El demonio lo invita a cuestionar la propia religión católica. Los demonios se aparecen a los ermitaños y fingen festines en Roma, Alejandría y otros lugares; ellos sufren alucinaciones. Todo sucede.

En el siglo V, el número de ermitaños era muy grande, pero ya no estaba determinado por el miedo a la persecución —que terminó con Constantino y la invasión bárbara de Roma— sino por el miedo a perderse espiritualmente en las grandes ciudades y nace entonces el deseo de ofrecer a Dios el holocausto de su soledad. Y hubo tantos hombres de este tipo en aquella época que se decía que el desierto hormigueaba de ermitaños.

En todas las épocas de la Civilización Cristiana hubo ermitaños en gran cantidad. Vivimos hoy en una época desafortunada, sin verdaderos ermitaños.

Un barrio otrora poblado de ermitaños

Suelo ir a la iglesia de la Luz por la tarde, rezando mis oraciones por el camino. Y siempre recuerdo, al pasar por allí, que, según cuentan las historias de la ciudad de São Paulo, el barrio de la Luz estaba habitado por ermitaños que vivían en ese lugar, en las curvas y contornos del río Tietê, un sitio particularmente poético por la niebla que solía haber en ciertas épocas del año, especialmente en el Tietê, en esa zona más húmeda. También había una gran cantidad de garzas que volaban de un lado a otro y que encantaban a Fray Galvão cuando pasaba por allí. Estos numerosos ermitaños eran a veces atendidos por ambulantes que los visitaban y les llevaban ofrendas, que les eran dadas por caridad.

Una magnífica "Guía Turística" para descubrir los esplendores espirituales del desierto.

San Ampelio era herrero. Podemos imaginar qué vida tan curiosa y qué forma única de turismo, el turismo de las almas. Herrero de profesión, va gratuitamente de punto a punto para visitar a tal o cual ermitaño; hay alguno que hizo tal milagro, después hay otro que se destaca por tal otra virtud; más adelante hay una célebre ermitaña, que es la madre de un emperador. Y entonces va conociendo alma por alma, visitando itinerarios conocidos y prestando servicios de batido de hierro o haciendo alguna pieza que necesitan para facilitar su vida material. Es probable que hiciera todo aquello sin hablar, tal vez sólo recibiendo del ermitaño algún consejo –si él lo pidiese– para su propia vida espiritual.

De esta manera terminó siendo un verdadero *Guide Bleu* [3] –la gran Guía turística europea– de los

esplendores espirituales del desierto: "Si quiere conocer a alguien que tenga el don de profecía, gire por allí y baje hasta esa gruta; en ella hay un anciano. Si quiere conocer a alguien que practica penitencias heroicas, suba hasta la cima de esa colina; allí hay un joven que se flagela de forma admirable. Más adelante, ¡existe uno que se levanta a tal altura para saludar a la Virgen! Y, además, al caer la noche, verás a un gran ermitaño durmiendo plácidamente, mientras las bestias aúllan afuera, y cuyo sueño es aleccionador y trae paz a quienes lo contemplan.

Sin duda, San Ampelio, con su destreza como herrero, fue un visitante, un «turista» de la santidad, que recorría los desiertos. Y se conmovió por el encanto, por el entusiasmo que le producía el contacto con almas tan extraordinarias.

Timóteo Reis



Réplica de la Sagrada Imagen en la sede del Reino de María

Conocer, discernir y admirar las almas

Si esta hipótesis —perfectamente plausible— es cierta, entonces sabemos qué virtud podemos imitar de un santo tan poco conocido en su biografía. Pidámosle que nos comunique una doble gracia: el deseo de conocer las almas, el discernimiento para percibir cómo son, acompañado de la gracia de admirar en cada alma lo que es correcto, según Dios, lo que sería si fuera completamente fiel, y el grado de fidelidad que existe en ella y que la convierte en un reflejo especial de Dios.

Saber discernir también en las almas lo que es malo y, al considerar lo malo, *a contrario sensu*, seguir amando lo bueno.

Les garantizo que una persona que dedicara su vida exclusivamente al estudio y conocimiento de las almas llevaría una vida mucho más entretenida que si hiciera cualquier otra cosa; sin duda sería más interesante que tomar un avión e ir a Delhi, de allí a Shanghái, de allí a no sé qué punto de Sudamérica, Norteamérica o Suecia, entrar en sus aeropuertos, hospedarse en hoteles, ver monumentos y terminar con el alma vacía. Los verdaderos monumentos de este mundo son las almas de los hombres. Y no hay nada más bello, más interesante, más atractivo, que conocer las almas.

Gusto de conocer las almas

Confieso que lo poco que la experiencia con las almas me ha dado, hace que, en los escasos viajes que he realizado, lo que más me interese sea conocerlas, incluso las almas de los hombres sin alma. Hasta esas son interesantes de conocer.

Recuerdo una vez que viajaba de Río a París junto a un holandés que venía de Indonesia e iba a desembarcar en Londres; él "no tenía alma". Lo miré de reojo y pensé: "¡Qué horrible! Es un trozo de carne largo y delgado, no tiene alma, ¡no tiene nada! ¿qué es este hombre? Debe ser interesante hablar con él para conocer el alma de un hombre sin alma".

Entonces le hice un comentario sobre algo, sobre la velocidad del avión. Y hablamos durante algunos trechos del viaje.

Seguía viendo el vacío de un hombre completamente desalmado que se sentía bien físicamente —porque era evidente que gozaba de una salud envidiable y eso constituía su alegría—, pero que reprimía constantemente un alma que persistía en regresar y decirle que no estaba satisfecha. Así que, junto a una salud estupenda, había en él horas de tanta tristeza, de tanta amargura y de tanto vacío; convertí esto en un tema de meditación y —puedo asegurarlo— de entretenimiento.

Cuando hablo con una, dos o incluso doscientas personas, me entretiene contemplar las almas y a menudo me regocijo. Siempre aprendo algo y siempre me voy con una mayor capacidad para conocer mi propia alma, conociendo las almas de los demás.

Esta es una invitación para comenzar a ser amantes de las almas, a pertenecer a la categoría de personas que aman las almas, que disfrutan conociéndolas.

La relación más elevada entre dos almas perfectísimas

¿Habría algún ejemplo en la vida de Nuestro Señor que ilustrara esto? Toda su vida lo ejemplifica. Todo lo que hizo se basó en un conocimiento perfecto de las almas con las que trataba, adaptándose a sus circunstancias y necesidades.

Constantemente, tenía la mente puesta en el Padre Eterno y en las almas con las que se relacionaba, observándolas y considerándolas a primera vista, como por ejemplo, a aquel joven rico. El Evangelio dice que Nuestro Señor lo miró y lo amó (Mc 10,21).

Es decir, vio su alma y lo amó por su fidelidad. Y así, ¡en cuántas otras ocasiones Nuestro Señor, al tratar con los fariseos, vio y conoció el alma en su esencia misma! Por eso, con su sabiduría y su infinita santidad, conmovió profundamente a los pueblos con los que tuvo contacto.

Podemos imaginar la alegría que sentía Nuestro Señor al mirar a la Virgen María, y ver su alma perfectísima. Es una alegría inimaginable. Sin embargo, podemos tener una idea indirecta al contemplar la imagen de Nuestra Señora de Fátima, la Peregrina en la Sede de su Reino. Cuando refleja algo de su alma, nos cautiva de tal manera, atrae a multitudes de tal manera, ¡y nosotros, cuán cautivados quedamos al ver esa expresión del alma!

Si viéramos a Nuestra Señora personalmente, ¿cuál sería nuestra impresión, nuestra sensación? ¡Es simplemente incalculable!

Esto, pero llevado a tal grado de altura, era lo que experimentaba Nuestro Señor al mirar a la Santísima Virgen. Ella también lo experimentaba al mirarlo a Él. Y, en el intercambio de miradas, cuando se encontraban y cuando Él decía: "¡Madre mía!", y Ella decía: "¡Hijo mío!", ¡qué intercambio de almas se producía allí! Es la relación más noble, elevada y perfecta que jamás haya existido en toda la historia. Fue, esencialmente, una relación de almas.

Amar a las almas desinteresadamente.

Así pues, esforcémonos por estar entre aquellos a quienes les gusta reflexionar sobre las almas; busquemos conocerlas e interesémonos por ellas.

¿Existe algún obstáculo para esto? ¡Sí! Lo es cuando tratamos con los demás y no pensamos en sus almas, sino en nosotros mismos. Entonces nos volvemos incapaces de conocerlas.

Cuando una persona estudia a los demás, no para ver cómo son, sino para ver qué efecto él está produciendo en ellos; si lo están considerando prestigioso, refinado, inteligente; en resumen, un sinfín de vanidades; y, entonces habla, preocupada, únicamente por saber cuál es esa repercusión, y al darle importancia a esta preocupación, aunque sea una pequeña importancia, la persona baja un velo, empieza a mirarse a sí misma y no al otro: así no conoce a nadie.

Es necesario amar a las almas desinteresadamente, querer conocerlas como reflejo de Dios. Poner fin al "yo, yo, yo", con la idea fija en sí mismo. Contemplar ese maravilloso mundo de las almas, del cual San Ampelio el Herrero fue, muy presumiblemente, un modelo. Esta es la enseñanza y el tema de la meditación de hoy. ❖

(Extraído de conferencia del 14/5/1976)



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1976

---

1) ROHRBACHER, René François. *Vida de los santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959. Vol. VIII. págs. 358-359.

2) Contiguo al Monasterio de la Inmaculada Concepción de la Luz, conocido simplemente como Monasterio de la Luz, de monjas Concepcionistas, ubicado en la Avenida Tiradentes, en el centro de São Paulo.

3) Serie de guías de viaje publicadas en francés desde 1918.

Archivo Revista

El Ángel Guardián, ¿cómo comunicarse con él?

Aunque los Ángeles sean espíritus puros, sin cuerpo, sin voz, y el hombre no tenga los recursos naturales para verlos o percibirlos, el Ángel de la Guarda no deja de manifestarse por muchos medios, uno de los cuales es el consuelo.

Más de una vez me entregué al esfuerzo de imaginar cómo sería mi Ángel de la Guarda, pero me encontré con la siguiente dificultad.

¿Con qué comparar al Ángel Guardián?

El Ángel de la Guarda no tiene cuerpo, es espíritu puro. Por lo tanto, si queremos imaginarlo como algo posible de ser conocido por nuestros ojos, caemos en la pura fantasía.

Imagine, por ejemplo, el Ángel de la Guarda, que yo sabiendo que no tiene cuerpo, quisiera compararlo con una montaña.

Una vez, sobrevolando los Alpes, hubo un momento en que el avión tomó tan poca distancia de un macizo pedregoso cubierto de cristal de nieve en un día soleado, una verdadera maravilla, que pensé: ¿sería así el Ángel de la Guarda?

Una idea muy pobre, porque un cristal –me gustan mucho los cristales– es un mineral, no tiene alma, ni movimiento, ni sensibilidad.

Se puede tener una idea más próxima de lo que es el hombre mirando a un loro que habla, que de las montañas de cristal más hermosas. El loro está vivo, huye, avanza, tiene un pico arrogante, rompe las cosas, tiene una

mezcla de mano y pie que le sirve para mil cosas.

En resumen, hay algo vivo en el Ángel de la Guarda. ¿Con qué animal comparar a un Ángel de la Guarda? ¿Un león? ¿Un águila? ¿Una garza? ¿Un colibrí? Con todo y con nada.

Una niebla y un haz de luz...

El Ángel de la Guarda se escapa completamente de nuestra percepción. Y, para no quedar en cero total, aún imagino que podría compararse con una nube muy suelta, no de esas nubes densas que parecen algodón y presagian la tormenta, sino una niebla muy fofa condensada en un espacio que visualmente parecería la zona luminosa de una especie de foco en la pared, irradiando una luz intensa, que parecería estar a la vez dentro de ese haz de luz e infinitamente lejos de él.

Dentro del "haz" –el "haz de luz" es Dios– la luz tomaría toda la niebla y la llenaría; lejos del "haz", la luz que venía de tan alto y tan magníficamente parecería casi confundida con la niebla, estando a la vez a años luz de ella y superior a ella.



Ralf Roletschek(CC3.0)

Y tendría cambios de color, cambios de disposición de los distintos colores, hechos de tal manera que presenten un objetivo, un punto de vista que siempre es nuevo, que se renueva y, sin embargo, daría algo que tendría continuidad con los anteriores, para dar una impresión conjunta y agradable de la estabilidad y de la mutabilidad. Y el chorro de la luz, por el simbolismo que tendría con los diferentes colores y formas, haría que el hombre entendiera lo que quería decir.



Daniel A.

El diálogo entre ángeles y hombres

El gran y estupendo Cornelio [ndr. Cornelio a Lápide, gran teólogo jesuita], al comentar sobre el lenguaje entre ángeles y hombres, trata este tema.

El Ángel de la Guarda no tiene voz, ni palabra, y el hombre no tiene los medios naturales para ver, percibir o comunicarse con un Ángel. El Ángel es capaz de conocer lo que dice el hombre, pero el hombre no percibe al Ángel... Entonces, ¿cómo podría haber diálogo entre hombres y ángeles?

Ahora bien, lo natural es que todas las criaturas bienaventuradas se comuniquen entre sí, y canten cada una a su manera, la gloria de Dios. Entonces, Cornelio a Lápide afirma que, para comunicarse, el Ángel de la Guarda recurre a varios objetos de la naturaleza, produciendo con ellos sonidos como expresión de lo que quiere decir. Incluso se puede hacer una comparación muy hermosa entre la manifestación del Ángel de la Guarda y los vientos. Los vientos producen sonidos, y a veces uno tiene la impresión de que dicen algo. Admito que no lo dicen, pero esa impresión existe.

Si los vientos en esta Tierra inferior "dicen" algo, es mucho más fácil que los vientos "digan" algo en el Cielo. Así es un ángel conversando con uno de nosotros. Por ejemplo, junto a una fuente puede componer una frase, dilatar un pensamiento haciendo que el agua de la fuente cante y haciendo que estos y aquellos vientos se muevan alrededor del agua y, de esta manera, comunicarse con los hombres.


Daniel A.

Consolaciones, otro modo de comunicación

El Ángel de la Guarda también puede comunicarse con nosotros de otra manera mucho más bonita, incomparablemente más agradable, que dice todo sin decir nada, pero al no decir nada pone un todo incomparable: son las consolaciones.

¡Una consolación no puede cambiarse por nada en este mundo! Las mayores alegrías, las mayores satisfacciones, las sorpresas más admirablemente desconcertantes y maravillosas no se comparan con una consolación. Y los Ángeles de la Guarda pueden transmitir, con el permiso de Dios, algo de la consolación eterna en la que viven saciados. ¿De qué manera? Hablando el lenguaje de las consolaciones.

¡Una consolación! ¿Quién puede describirla? Es algo superior a cualquier elogio, a cualquier alegría, a cualquier gozo... ¡es un anticipo del cielo!

Enséñame a luchar como tú

Las Escrituras nos cuentan que cuando satanás se rebeló, San Miguel exclamó: "*¡Quis ut Deus!*" e inició una ofensiva para expulsar al demonio. Y luego *proelium magnum factum est in coelo.* Hubo una gran batalla en el Cielo.

Todos los ángeles que han sido fieles están continuamente en la visión de Dios, están salvados para siempre. Todo nos lleva a creer que todos ellos participaron en la batalla e hicieron su contribución a ella y al éxito de la Contrarrevolución en el Cielo, y lo hicieron mediante una acción propia, perjudicial para el demonio.

La acción de los ángeles fue con todas las características de ellos, que, siendo espirituales –al igual que los demonios– marcaban, sin embargo, su actividad, su acción.

Luego, le preguntaríamos al Ángel de la Guarda de cada uno de nosotros:

"Mi Santo Ángel, dime cómo luchaste. Enséñame a luchar como tú has luchado. Comunícame, si es posible, la plenitud de tu amor por Dios, de tu fuerza, de tu odio, y hazme entender de qué manera los golpes espirituales desatados sobre estos bandidos fueron infligidos por ti en las delicias de tu alma."

Es una concepción válida y ayuda un poco a completar algunas pinceladas del cuadro.


Flávio Lourenço

Los ángeles en el Gólgota

Ciertamente, todos los ángeles del cielo estaban presentes en el Gólgota mientras el Divino Redentor gemía, era torturado y le faltaba el aire...

Hubo un médico francés que estudió cómo murió Nuestro Señor Jesucristo, clavado en la cruz. El doctor no creía que tuviera ese pequeño estrado donde colocar los divinos pies como suelen representar los crucifijos, sino que sus pies estaban pegados, como un cuadro puede clavarse en


Daniel A.

una pared, así que sus pies, retorcidos y en posición artificial, estaban clavados al propio Santo Leño. Es decir, cada vez que Nuestro Señor ponía su peso sobre sus pies, los clavos cortaban la carne hacia arriba y producían nuevos dolores. Y por eso, se contraía, ponía la fuerza en las manos, y los clavos en sus manos también producían dolores.

A cada respiración, la herida se abría y cerraba con un intenso dolor que quizá haría desmayar a un hombre solo por eso. ¡Una vez! ¿Cuántas veces tuvo esto hasta que murió?

Eso hizo que instintivamente no respirara del todo, porque el dolor abajo se volvía insoportable, y entonces Él sentía falta de aire.

Y solo la repetición de esto, después de algún tiempo, mata. Con mucho menos que eso, un hombre de hoy muere. Es bueno ni siquiera hacer el cálculo. En el primer tranco ya se desmaya...

Los ángeles vieron toda esta escena –Dios no sufre, pero la naturaleza humana de Nuestro Señor sufría– y vieron en Dios, Dios mismo contemplando eso, y después vieron la indignación de todos los coros angélicos. Pero también con consternación, con compasión, cantando con mayor ternura canciones para conmover y consolar su Corazón sagrado. Y ciertamente atrajeron la atención de Nuestro Señor hacia Nuestra Señora que estaba al pie de la Cruz, conmemoraron y trataron de agradarla, en resumen, haciendo todo lo posible y lo imposible. Trataron, naturalmente, de estimular a las Santas Mujeres inmersas en una desolación que no es posible describir; intentaron dar a San Juan Evangelista ese valor que no tuvo en la hora "x", a tal punto que él, el fugitivo, recibió ese día el mayor regalo que se puede recibir: ¡convertirse en hijo de María!

Y en el momento del holocausto, del dolor supremo, del arrancar el alma del interior del cuerpo, en ese momento los ángeles vieron a Nuestro Señor decir: "*Consummatum est.*" Y su alma humana desprenderse del Cuerpo divino, que pasa a ser un cadáver.

Y también vieron manifestarse la cólera de Dios; el cielo, a las tres de la tarde, oscuro como la noche; el velo del templo que se rasgó; los justos que andaban todos atados con tiras de tela, quizá con los ojos cerrados y una lámpara encendida para aterrorizar a la gente, encontrando a estos o aquellos y diciendo: "¡Mira, tú, desgraciado!", las personas huyendo. ¡Y el terremoto!

Los ángeles vieron todo esto. ¿Qué músicas tocaron para acompañar? ¿Qué dichos proclamaron? ¿Qué canciones emitieron? ¿Se tiene alguna idea de eso? Ni de lejos. Pero podemos preguntar:

"Mi Santo Ángel de la Guarda, ¿cómo has cantado para confortar al Sagrado Corazón de Jesús? ¿Qué has dicho? Dame la gracia de escuchar una nota y me comprometo no pedirte dos."

¡Porque quien escuche una nota de esas, pedirá toda su vida para oír otra! Por tanto, sería necesario hacer un compromiso muy serio, muy doloroso, con tentaciones del otro mundo de romperlo, pero por respeto al Ángel de la Guarda, por amor a Dios que no tolera el rompimiento de compromisos, ¡no lo romperé! Así que, ¡puerta cerrada, tristeza interminable, esperanza sin nombre! "Al menos sé que escucharé una nota."



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1994

Hazme un hombre "hacia adelante" y "hacia arriba"

Y si alguna vez nos encontramos en peligro de vida, es posible que el demonio del pánico nos asalte. No hay duda, no piensen que siempre estarán en esta calma. Porque el hombre tiene instinto de conservación y el demonio exacerba nuestro instinto en esas ocasiones. Si el sujeto sabe, por ejemplo, que al día siguiente será decapitado y que antes le sacarán los ojos...

Entonces la forma de luchar, es decir:

"Mi Santo Ángel de la Guarda, con cuánta cosa te amenazó Satanás; ¡pero tu luchaste hacia adelante! Si te llamaras, en las nomenclaturas celestiales, 'el Ángel hacia adelante', yo os reconocería. ¡Pero hazme un hombre 'hacia adelante' y 'hacia arriba, muy devoto de María!" ❖

(Extraído de conferencia del 12/8/1994)

Santoral

1. Santa Teresita del Niño Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia (+1897).

Beatos Gaspar Hikojiro y André Yoshida, mártires (+1617). Eran catequistas en Nagasaki, Japón. Fueron degollados por albergar sacerdotes en sus casas.

2. Santos Ángeles de la Guarda.

Santa Juana Emilia Villeneuve, religiosa (+1854). Fundadora de la Congregación de Nuestra Señora de la Inmaculada de Castres.

3. Santos André de Soveral y Ambrosio Francisco Ferro, presbíteros, y compañeros, mártires (+1645)

Santos mártires de nombre Evaldo, uno llamado Negro y otro Blanco, presbíteros (+695). Ambos naturales de Inglaterra, siguieron el ejemplo de san Vilibrordo y sus compañeros, partiendo para evangelizar Sajones; al poco tiempo de comenzar a anunciarles a Cristo, fueron tomados prisioneros por los paganos y padecieron el martirio.

4. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Francisco de Asís, fundador (+1226).

Beato Alfredo Pellicer Muñoz (Jaime), religioso y mártir (+1936). Pertenecía a la Orden Franciscana; fue martirizado durante la persecución religiosa desencadenada en la Guerra Civil Española.



Hélio G. K.

San Froilán
(5 de octubre)

5. San Froilán, obispo (+905). Fue llamado de la vida eremítica al ministerio episcopal, evangelizó regiones de España liberadas del dominio de los moros, propagó la vida monástica.

6. San Bruno, presbítero (+1101). Sacerdote alemán, célebre fundador de la Orden de la Cartuja.

7. Nuestra Señora del Rosario

San Augusto, abad (+c. 560). Era inválido, pero fue curado por la intercesión de San Martín de Tours. En gratitud, ingresó a la vida monacal; ordenado presbítero y nombrado abad de San Sinforiano, en Bourges, Francia, demostró grandes cualidades morales.

8. Santa Ragenfreda, abadesa (+s. VIII). Dispuso sus bienes para fundar, en Denain, en el Hainaut, actual Francia, un monasterio, el cual regentó santamente.

9. San Deusdédit (o Adeodato), abad (+834). Fue abad de Montecassino a partir desde el año 828. Sicardo, duque de Benevento quiso apropiarse de los bienes del monasterio, y recibió un enérgico rechazo del santo abad, por esta negativa, lo encarceló, sometiéndolo a aguantar hambre y otras torturas hasta morir, entregando su espíritu a Dios.

10. San Pinito, obispo (+c. 180). Gobernó la diócesis de Cnossos, en la isla de Creta. En los tiempos de los emperadores Marco Aurelio, Lucio Vero y Cómodo, se distinguió por sus escritos sobre la Fe y su intensa solicitud por el progreso espiritual del rebaño que se le había confiado.

11. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Bruno de Colonia, obispo (+965). Hermano del emperador Otón I; fue elegido para asumir el episcopado de Lotaringia, restauró con sabiduría la disciplina eclesiástica.

12. Virgen del Pilar

Solemnidad de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida. Patrona del Brasil.

Beato Eufrasio del Niño Jesús (Eufrasio Barredo Fernández), presbítero y mártir (+1934). Pertenecía a la Orden de los Carmelitas Descalzos; asesinado por odio a la Fe, en Oviedo, España.

13. Beata Magdalena Panatieri, virgen (+1503). Consagrada al servicio de Dios como terciaria dominica, hacía apostolado y obras de caridad.

14. San Calixto I, papa y mártir (+c. 222).

San Venancio de Luni, obispo (+s. VI). Natural de Piacenza, sucedió a Terencio en la sede episcopal de Luni, en la Liguria, Italia; dedicó especial atención al clero y a los monjes, contó con la estima y amistad del papa san Gregorio Magno.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia (+1582).

Santa Magdalena de Nagasaki, virgen y mártir (+1634). Su familia muy católica, contaba con mártires entre sus miembros, siendo muy joven consagró su virginidad a Dios, formó parte de las terciarias dominicas y agustinas. En tiempos del emperador Yemitsu fue condenada a la horca, donde estuvo tres días suspendida; finalmente entregó su alma a Dios.

16. Santa Margarita María Alacoque, virgen (+1690).

San Lulo, obispo (+786). Compañero y colaborador de San Bonifacio en la evangelización, éste lo ordenó obispo de Maguncia, Alemania.

17. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir (+107).

San Ricardo Gwyn, padre de familia y mártir (+1584). Primer mártir galés. Después de estudiar en Oxford y Cambridge, se convirtió al catolicis-

mo. Contrajo matrimonio y tuvo seis hijos. Fue encarcelado bajo la acusación de convencer a otras personas a la conversión. Compuso numerosos poemas religiosos en la prisión y finalmente lo ahorcaron y descuartizaron vivo en Wrexham, Gales.

18. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario

San Lucas, evangelista (+s. I).

San Asclepíades, obispo (+218). En tiempo de la persecución, fue uno de los memorables confesores de la Fe.

19. Beata Inés de Jesús Galand, virgen (+1634). De familia modesta y cristiana, religiosa dominica, por sus aptitudes la nombraron maestra de novicias, luego fue priora a pesar de ser aún muy joven. Poseía un ardiente amor a Jesús y gran dedicación a la Iglesia, interés en la reforma del clero y apoyo espiritual a Jean-Jaques Olier, el fundador de la Sociedad de San Sulpicio.

20. San Caprasio, mártir (+c. 303). Durante la persecución de Diocleciano obtuvo la palma del martirio en Agen, Aquitania, Francia.

21. San Severino, obispo (+s. V). Originario de las tierras de Oriente. Recibido con honores por San Amando, obispo de Burdeos, Francia, y que dispuso todo para que fuese su sucesor en esa sede episcopal.

22. Beato Luis María de Nuestra Señora de las Mercedes (Luis Minguell Ferrer), presbítero y mártir (+1936). De la Orden de los Carmelitas Descalzos; derramó su sangre en Barcelona, por mantenerse fiel a Cristo, durante la persecución religiosa en España.

23. Beato Juan Bono, eremita (+1249). Cuando joven, abandona a su madre y recorre varios lugares en Italia, su actividad era ser malabarista y comediante; a los cuarenta años padece de una grave enfermedad y hace una promesa a Dios: abandonar el mundo para entregarse totalmente a Cristo y a la Iglesia, en el amor y la penitencia. Fundó una Congregación bajo la Regla de San Agustín.

24. San Antonio María Claret, obispo (+1870).

San Proclo, obispo (+446). Con firmeza proclamó a la Bienaventurada Virgen María como Madre de Dios, organizó el regreso del cuerpo de san Juan Crisóstomo en cortejo triunfal, desde el lugar de su exilio hasta Constantinopla. En el Concilio Ecuménico de Calcedonia, mereció el epíteto de "Magno".

25. XXX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero (+1822).

Santos Crisanto y Daria, mártires (+c. 253). Esposos y mártires romanos, muy venerados en la antigüedad, permanecieron sepultados en la pequeña iglesia del cementerio de Trasone, en la Vía Salaria Nueva de Roma, ahí se conservaba un epigrama del papa San Dámaso en honor a los dos santos.

26. Beato Buenaventura de Potenza, presbítero (+1711). Con 15 años de edad ingresa a la Orden de los Frailes Menores Conventuales, destacándose por su obediencia y caridad.

27. San Dominguito del Val, mártir (+s. XIII). Niño acólito y cantor de la Catedral de Zaragoza.

28. San Simón y San Judas Tadeo, Apóstoles (+s. I).

San Rodrigo Aguilar, presbítero y mártir (+1927). Durante la persecución religiosa, en Ejutla, México, soldados lo suspendieron de un árbol, sujetándolo por el cuello, consumando su martirio en medio de vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe.

29. San Feliciano, mártir (+s. III).

San Teodario, abad (+c. 575). Delegado por su obispo, presbítero penitenciario para todo el pueblo de la ciudad.



Flavio Lourenço

San Severino
(21 de octubre)

30. San Juan Miguel Langevin, presbítero y mártir (+1793). Se negó a jurar la Constitución Civil del Clero, por eso lo deponen del cargo en su parroquia de Briollay. Sin embargo, continuó ejerciendo su ministerio clandestinamente, lo descubren, lo capturan y encarcelan. En una avanzada, los militantes vandeanos lo sacan de la cárcel, pero decide volver para atender los prisioneros por el bien de sus almas, entonces lo detienen y lo condenan y muere guillotinado, en Angers, Francia.

31. San Felano, presbítero y abad (+c. 655). Irlandés y compañero de San Furseo. Fundador de dos monasterios –uno en Fosses y otro en Nivelles– para monjes y monjas respectivamente. Un día, de camino entre los dos monasterios, unos salteadores lo asesinan y los premostratenses, en su honor, edificaron en ese lugar del asesinato la abadía de La Roeulx.

Beato León Nowakowski, presbítero y mártir (+1939). Durante la ocupación militar de Polonia, su patria, el régimen invasor era radicalmente hostil a Dios, pero él defendía con ardor su Fe ante ellos. En consecuencia, lo fusilaron.



Coronación de Nuestra Señora
Museo Pierre de Luxemburgo,
Villeneuve les Avignon, Francia

Humildad, condición necesaria para el heroísmo supremo

Para ser un verdadero héroe, el hombre debe llevar la humildad hasta el último punto. No basta con aspirar a cosas grandiosas, es necesario aceptar lo que Dios manda, con alegría

En el Cielo se es mucho más feliz que en la Tierra, por eso las personas deberían desear irse rápido para allá.

Ahora bien, el hombre tiene tal apego a la vida, que desea decirle a Dios: "Espere que yo goce un poco la vida en esta Tierra, después me voy al Cielo". No es algo racional, pero está en nuestro instinto de conservación. Sin embargo, con las almas que saben vivir de la confianza, la Providencia tiene un trato misterioso por el cual con frecuencia intuyen cuál es el designio de Dios sobre ellas: si es vivir en el Reino de María o ir al Cielo antes de que él se instaure.

Al haber un deseo intenso de una o de otra cosa, el alma debe confiar que es el designio de Dios el que se realiza.

Un pasaporte para el Cielo

Durante la vida, el hombre debe tener confianza en que Nuestra Señora va a preservarlo de manera que esté enteramente limpio de cualquier pecado, porque no es difícil prevaricar durante el combate. Sin embargo, cuando alguien muere como un mártir, derramando la sangre por la Fe Católica Apostólica y Romana, sube directo al Cielo.

La persona tiene, entonces, deseo de dar gloria a Dios luchando contra los adversarios de Él y de Nuestra Señora, para la victoria de su Causa en la Tierra y, al mismo tiempo, la esperanza de que, estocando bien,

correctamente, lanzándose al frente pudiendo morir al primer tiro, puede encontrar el pasaporte para el Cielo. Es un sistema de pensamiento que forma héroes, porque da una motivación para el heroísmo.

Es necesario luchar –si se trata de una guerra religiosa– contra los enemigos de la Religión, pero batallar con odio a la herejía, no al hereje. Si, por ejemplo, un hereje viene por encima de un guerrero y, en vez de matarlo porque está atacando a la Iglesia, matarlo pensando: "¡Este desgraciado está queriendo matarme, yo lo mato antes a él!", mató por odio personal y la acción no es santa. Es necesario ser un batallador y matar por amor a la Iglesia, y nunca por un acto de venganza personal.

Nunca retroceder

Había soldados que hacían votos terribles con ocasión del combate. Hubo una orden religiosa cuya regla fue redactada por el gran San Bernardo de Claraval. Después ella decayó, pero, mientras estuvo en su apogeo, fue espléndida: fue la de los caballeros llamados Templarios. Ellos tenían un voto tremendo: ¡nunca retroceder en batalla!

Si retrocedían, cometían pecado mortal; al cometerlo, podían no tener a su alcance un padre para que les diera la absolución. El caballero batallaba y, si no tenía arrepentimiento, la estocada o el golpe de lanza podía ser el pasaporte para el Infierno. ¡Es terrible! Es preciso confiar en Nuestra Señora y saber decir: "*Salve Regina, Mater misericordiæ*" para no encontrarnos en esa situación.



Leonardo S.

A veces el batallador era herido –para hablar en términos de guerra medieval– y lanzado del caballo al suelo, permaneciendo allí horas y horas antes de morir, sin ningún socorro. La caballería del adversario podía pasarle por encima, dejándolo en mal estado durante uno, dos días, sin remedios, sin agua ni nada, agonizando y viendo en la muerte su liberación. Y él debía tener confianza en Nuestra Señora de que todo le sería recompensado, entonces rezaba: "Dios te Salve Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve…" Si él perseverara hasta el fin, habría un santo a más en el Cielo.

Esa es la confianza.

La hora del mayor dolor

¿Cuál es el papel de la humildad en eso? Es hacer la voluntad de Dios. Cuando el hombre está pensando que Dios lo quería para esta tierra, de repente es herido, se da cuenta de que va morir y dice: "Si Dios quiso esto, está bien. Será como punición por mis pecados. Si no tengo pecados, será para obtener el perdón de los pecados de los otros, para que otras almas se salven. De cualquier manera, Nuestra Señora quiso consentir que yo muriese de un modo inesperado: Dios te salve Reina y Madre de misericordia…"

Sé que el momento más duro, en la hora en que me acontezca como a Nuestro Señor en lo alto de la cruz, cuando dijo: "*Consummatum est*", e inclinando la cabeza entregó su espíritu en las manos del Padre Eterno, será la hora del mayor dolor.

Me acuerdo hasta hoy de una explicación que oí de un padre jesuita del Colegio San Luis, del cual yo era alumno, cuando un colega mío preguntó, en la clase de Religión, si la muerte era realmente una cosa tan terrible. El padre explicó: "Imagine que alguien coja su uña y la arranque de la carne sin anestesia ni nada; ¿no sería un dolor terrible?" El niño respondió evidentemente que sí. El padre dijo: "Si la uña está tan unida al cuerpo que arrancarla es terrible,



Archivo Revista

San Bernardo de Claraval (Colección particular)

Divulgación (CC3.0)



Santa Teresita del Niño Jesús

¡imagine qué es arrancar el alma del cuerpo!" ¡Debe ser algo terrible!

Alegría por el ofrecimiento aceptado

Sin embargo, cuando llega la hora de morir, el hombre debe conformarse con la muerte y con el tipo de muerte que está teniendo. Algunas personas tienen una muerte suave; otras, una muerte tremenda. Santa Teresita del Niño Jesús era muy joven y, tocada por la gracia, ofreció a Dios su vida para expiar los pecados de los otros. Y ella deseaba ardientemente morir pronto a fin de que la expiación por los demás fuese rápida. Una noche percibió que estaba lanzando sangre por la boca, y eso era señal de la gran enfermedad peligrosa de su tiempo: la tuberculosis.

Hoy la tuberculosis es una enfermedad combatida y es raro que la persona muera por eso, pero en aquel tiempo no, los remedios estaban más atrasados y no era así.

Santa Teresita quedó tuberculosa, pero fue tal la alegría de notar que probablemente estaba tuberculosa, que tuvo ganas de encender la luz para ver si de hecho era sangre lo que había lanzado. Las carmelitas duermen con una especie de paño sobre el busto y ella podría sacarlo y comprobar. No obstante, para hacer penitencia, durmió calmamente y esperó que llegase la mañana.

Lo que yo hacía con mi regalo de Navidad, ella lo hacía con ese regalo de Dios: el síntoma de la muerte. Cuando despertó y vio la sangre, fue a hablar con la superiora. Comenzaron a tratarla y era la muerte que se aproximaba.

Pruebas terribles

En la víspera de la muerte, como el dormitorio quedaba cerca de la cocina, oyó a dos monjas trabajando allí conversar y una le dijo a la otra: "Nuestra hermana Teresita del Niño Jesús va a morir de un momento a otro". Al morir una monja carmelita, se manda una circular a todos los Carmelos del mundo contando sobre su muerte y narrando sus virtudes. Entonces una monja le dijo a la otra: "Yo no sé verdaderamente qué va a escribir nuestra Superiora en la circular sobre su muerte, porque no hizo nada de grande o de extraordinario en la vida". La monja no sabía que ella había ofrecido la vida y estaba muriendo como consecuencia de eso.

Los dolores de la tuberculosis se hicieron tan lancinantes, que Santa Teresita hizo el siguiente comentario. Ella tenía al alcance de sus manos el remedio contra la tuberculosis; era un líquido de un rojo muy bonito y sabía que eso podía, por lo menos, atenuar el dolor, pero, si bebía mucho, moriría. Ella comentó: "Los moribundos pueden, a veces, tener tentación de suicidarse, es una lucha para ellos. No se debe dejar a su alcance un remedio que les pueda servir para la muerte."

Era una señal de que ella estaba siendo tentada por el demonio para suicidarse. ¡Resistió heroicamente, no es preciso decirlo! La muerte fue entrando.

Cuando, finalmente, llegó el último momento, tuvo una visión que nadie sabe cuál fue. Ella, que estaba tan débil que casi no podía moverse, se enderezó en la cama, maravillada, y las monjas que estaban en el cuarto vieron. Antes de expirar, exclamó: "¡Oh, Dios mío, os amo!" y cayó. Había muerto. Inmediatamente, un perfume fortísimo de violetas, de origen desconocido, comenzó a esparcirse por el convento entero. La violeta es símbolo de la humildad. Ella había aceptado con humildad la muerte que Dios le quiso mandar, en la hora que Él quiso, del modo como quiso y, de esa forma, su alma entró en el Cielo.

Es un modo de llevar la humildad hasta el último punto. Y el guerrero debe ser así también, o sea, tener la humildad de aceptar lo que Dios le mande.

Una manifestación en una plaza de París

Una de las veces que estuve en París, tuve una impresión tremenda. Fui a andar por la ciudad; había

personas con quienes hablar, cosas a tratar. Fue antes del accidente de automóvil, por lo tanto, yo no usaba silla de ruedas, andaba libremente. Y anduve por aquel centro de París. Pasando junto a la famosa *Place de l'Opéra*, donde está la *Opéra de Paris*, un teatro muy rico, muy vistoso, en cierto momento me di cuenta de que estaba llena y yo no había prestado atención. Se llenó de repente con un público diferente del que estaba cuando entré en la plaza.

Comencé a prestar atención y percibí que era una manifestación de heridos de la Primera Guerra Mundial, que habían participado de la guerra y habían quedado heridos para el resto de su vida, incapacitados de trabajar y viviendo de una pensión del gobierno. Sucede que el gobierno pagaba insuficientemente, el costo de la vida iba subiendo y no aumentaba la pensión, entonces estaban haciendo presión, con aquella manifestación, para que el gobierno aumentase lo que ganaban.

Yo pensé: "Voy a quedarme un poco aquí, quiero ver cómo es esa gente." Es muy bonito hablar de un soldado que fue a la guerra, pero pasan cinco, ocho, diez años de invalidez, ¿cómo toma él la invalidez en la cual cayó? ¿Se arrepiente? ¿Cómo queda? ¿Se rebela? ¿Cuál es la mentalidad de la persona que fue así afectada?

Había dos mujeres atrás, no las miré, pero agudicé mi oído para oír lo que decían, y percibí por la conversación que eran dos casadas con dos inválidos de guerra. Una de ellas preguntó: "¿Su marido no vino?" La otra respondió: "No, pero está aquí cerca." Después la primera dijo, riéndose: "Él trajo todo su almacencito…" E hizo una risa de escarnio.

El "almacencito" eran todas las medallas ganadas durante la guerra, que él guardaba y colgaba en el pecho, para tener cierta compensación durante esa manifestación: él había sido un héroe. En la vida común, la mujer trataba riéndose y llamando aquello de bazarcito, de "almacén". La otra se rio y dijo: "Ah, el mío no tiene almacén, pero tiene una cosita que también se colgó en el pecho." Unas bromas así.

¿Quién es el verdadero héroe?

¡Vea pues! –pensé– cuando la tropa parte: entusiasmo y clarines, todos van a ser héroes. Llega el momento de combatir, unos mueren. El caso está cerrado, para los efectos de la Tierra… Para los del Cielo, no se sabe. El Purgatorio es muy largo a veces, ¡y el Infierno es terrible y eterno! Si vuelven heridos, pueden quedar la vida entera estropeados, ¿y entonces cómo quedan sus vidas? Nadie piensa en eso a la hora de partir para el combate, y el verdadero héroe no es solo el hombre que combatió, sino el que después no se arrepintió de haber combatido, pensando: "Mi país por lo menos venció la guerra." O entonces: "Porque muchos como yo lucharon con coraje, nuestro país sufrió una derrota honrosa. Eso me consuela." ¡Eso es tener temple, tener fuerza!

Vi un poco aquello, unos quince, veinte minutos. Bajé por una avenida que partía desde allá. Estaba haciendo un día caluroso, yo estaba con amigos, pasamos por una cervecería. Nos sentamos y enseguida veo en una mesa cercana una escena.

Un matrimonio relativamente joven aún, el hombre tendría unos treinta y tantos años, la mujer más o menos la misma edad, él, ciego. Él, con los ojos cerrados. no veía nada, pero se veía que, por los sonidos, tenía avidez de vivir, tenía contacto con las cosas y tenía un interés fabuloso por lo que conseguía captar de la vida. Estaba distrayéndose, a pesar de ser ciego.

Su mujer, prematuramente envejecida, arreglada con la máxima negligencia que se pueda imaginar, porque, como su marido era ciego, no tenía razón para adornarse para nadie. Era seria, tomaba de cualquier forma el asunto del vestido, del peinado, con un aire de derrotada, de cansada, como quien dice: "Estoy asociada a ese ciego, cargándolo hasta el fin de la vida…" Le faltó la garra necesaria para sobrellevar la vida. La humildad llevaría a esa señora a decir: "Fue voluntad de Dios. ¡Voy a cargar ese peso como Nuestro Señor Jesucristo cargó su cruz!" Y seguiría adelante. ❖

(Extraído de conferencia del 21/12/1991)



Willem van de Poll (CC3.0)

Place de l'Opéra en la primera mitad del siglo XX



Fotos: Divulgação (CC3.0)

Ejercicios de trascendencia

A partir de la descripción de un cuadro, el Dr. Plinio enseña a hacer un elevado y metódico ejercicio de trascendencia, encontrando en los seres creados reflejos de las virtudes y cualidades increadas de Dios.

Vamos a analizar una fotografía bastante expresiva. Usé la palabra "expresiva" a propósito, porque expresivo es aquello que tiene expresión y, por lo tanto, expresa algo.

Aquí estamos al pie de la dificultad: ¿qué expresa esa escena? Esta es la primera pregunta para que realicemos el ejercicio de trascendencia de la creatura al Creador.

Para responder a esta cuestión, tenemos una descripción. Debemos describir la cosa para darnos cuenta de aquello que expresa. El método es, antes que nada, la búsqueda de una expresión. Esa búsqueda comienza por una descripción.

Describiendo un cuadro

La descripción, como yo la veo, presenta el cuadro en tres elementos: uno que se destaca enormemente es un árbol que se yergue esbelto, con una agradable flexibilidad; su tronco no es duro como el de una palmera imperial, sino que es elegante, gracioso, porque sube a la manera de una espiral de humo. No obstante, sube rectilíneamente, siempre en torno de un eje invisible que está allí presente.

Pero lo que la palmera imperial tiene de muy bonito, como una espada al viento, este árbol tiene por ser un poco como una espiral que sube; en lo alto sostiene una copa grande, que da la impresión de la espiral del humo de un cigarro, por ejemplo, que, después de ser levantada en línea recta, se explaya. Y hay una proporción muy bonita entre la copa y la altura del tronco que la sostiene. De tal manera el tronco levanta la copa bien alta que no deja

la impresión de estar sufriendo para sostenerla, sino que da la impresión de una obra de arte, una especie de obra maestra de equilibrio al conseguir mantener la copa tan alto, sin quebrarse, ni el tronco ni todo aquel ramaje.

La enramada, por otro lado, se distribuye de un modo agradable y leve. En las puntas de las ramas apenas hay porciones de follaje, de manera que son leves. Constituyen una figura interesante, con tres elementos centrales: la copa bien en lo alto y dos porciones de follaje laterales, formando una especie de simetría agradable. Los antiguos decían que lo impar era amigo de las musas. En este árbol vemos algo de poético en el número "tres". Las tres porciones de ramas que constituyen un uno dan una cierta unidad al ramaje.

Todo eso se levanta solo sobre un paisaje muy bajo.

En cuanto a los otros elementos, vemos una vegetación muy baja. Lo que sube un poco más es una vegetación desordenada e irrelevante, que la mirada tiende a olvidar, esa masa oscura de la cual se desprende ese gran árbol.

Firmamento bello que tiende a lo borrascoso

Merece un comentario especial el cielo que está por detrás. Hay muchas nubes, pero el Sol incide sobre ellas de modo que no sirven tanto para velarlo como para revelarlo, porque ellas reflejan el Sol sobre la tierra. Y, por lo menos para mi mirada, ciertas nubes dan la impresión de una seda magnífica que refleja al sol en medio de las oscuridades que aún aumentan el brillo de esta parte donde incide. Más hacia arriba hay, no obstante, nubes pesadas. La impresión de conjunto es de un firmamento bello, pero que tiende con una cierta indecisión a lo borrascoso. Es decir, un cielo así, fácilmente puede caminar para la tormenta que se va a desencadenar sobre este árbol. Se diría que él enfrenta, casi provoca, la borrasca que caerá.

Ese cielo con las nubes así dispuestas crea en la vista la ilusión agradable de que el árbol llega hasta las nubes, y que es un árbol amigo, familiar de las nubes, de tan alto que es, lo que aumenta la impresión de su esbeltez, y constituye para esta un lindo fondo de cuadro.

El árbol es la nota dominante, el eje del cuadro. En función de él el fotógrafo concibió el panorama. Es en función del árbol que debemos analizar tanto la vegetación oscura que le sirve de pedestal, como el cielo.

Descrito el cuadro, debemos preguntarnos qué es lo que expresa. Dentro de poco diré lo que expresa, porque será la otra parte del método.

La descripción metódica conduce a una expresión

Yo hice una descripción. ¿Cuál fue el método adoptado? Yo desmembré el cuadro en sus varios elementos. Analicé el elemento principal, que es el árbol, después analicé los dos otros elementos; enseguida hice una relación entre los tres elementos, para mostrar cómo, de hecho –volviendo a la tesis inicial–, el árbol es el elemento principal. Fue, por lo tanto, una descripción analítica. No fue una mera descripción, sino que fue un análisis de la estructura interna del cuadro y de sus predicados, tomada en las relaciones con sus partes.



Esa es la descripción de ese panorama como yo lo sentí. Por lo tanto, es una descripción enteramente metódica. Yo mostré como se hacen los varios puntos de la descripción. Esa descripción metódica conduce a una expresión. ¿Bajo qué forma psicológica esa expresión aflora en mi espíritu? Bajo la forma de una exclamación interior. Yo diría del conjunto del cuadro: "¡Oh elegancia altiva y leve!".

El árbol es elegante, es altivo, pero hay algo que está contenido en el concepto de elegancia y que yo quiero resaltar: ella es leve. Su elegancia consiste en la altanería con levedad. Esta es la exclamación interior, esta es la expresión que el árbol sugiere al alma.

La palabra elegancia nunca obtuvo una definición enteramente satisfactoria. Pero, en su sentido propio, en su sentido adecuado, ella incluye las ideas de una superioridad que más se debe al espíritu que a la materia, se debe más a la cualidad que a la cantidad y, por causa de eso mismo, es una superioridad leve, elegante, aristocrática, que atrae.

Ese árbol no es más bonito que muchos árboles que se encuentran por ahí. Yo no dije ninguna vez que es muy bonito,

porque lo bonito está excluido de allí. Tiene la verdadera y módica belleza de una porción de cosas que nos rodean y cuya belleza percibimos solamente en su limitación cuando se analiza bien. Ahí hay mil cosas bonitas, dependiendo mucho del análisis, y no son grados de bellezas relevantes. Es una belleza auténtica, sin embargo, no relevante.

Sobre todo, eso no es una búsqueda de la belleza: es la búsqueda de la expresión. Una persona puede ser fea, pero tener una expresión bonita. Por ejemplo, la fisonomía de los profetas de Aleijadinho: casi todos son feos, pero tienen lindas expresiones. Un objeto puede también tener una bonita expresión siendo feo o común. Yo no hice aquí una búsqueda de la belleza en ningún momento. Yo hice la búsqueda de una expresión. Desde el comienzo concordamos en que el árbol es expresivo y yo intenté ver lo que expresa.

La elegancia no existe sin algún encanto. No se confunde con el encanto, pero sin algún encanto no funciona. Y en mi modo de entender, ese árbol tiene algún encanto módico.

También no hay elegancia sin alguna superioridad, pues ese es uno de sus elementos. Comparada con una palmera imperial, por ejemplo, lo que ese árbol tiene, un poquito aquí –un poquito hasta peligrosamente– y que la palmera no tiene y que es un discreto encanto no muy saludable, es que es medio lánguido.

Una persona que suspendiera el brazo como está el ramaje de ese árbol, haría un gesto lánguido. No es como el de la palmera imperial, que es de un soldado sosteniendo una espada para presentar armas.

La exclamación interior lleva a la trascendencia

Entonces, de la primera parte del método, o sea la descripción, pasamos a la segunda parte del método, que es una exclamación interior.





¿Qué es ese árbol? Es elegante, con esa elegancia como yo la definí.

¿Qué es esa exclamación interior? Es la proyección dentro de mí de la impresión causada por él árbol. Es decir, la expresión del árbol es esta, él expresa esto.

¿Cuál es la trascendencia? Si este árbol tiene esa forma de elegancia altanera y leve, si él comunica esa expresión, entonces debemos entender, considerar, que altivez es una cualidad, y levedad es otra cualidad, y que altivez y levedad como cualidades que son, cada una se expresa a su modo. La levedad es una cualidad más propia a la materia y la altivez es una cualidad más propia al espíritu. Cada una de esas cualidades existe a su modo en Dios. Porque si todas las cosas fueron creadas a imagen y semejanza de Dios, aquí hay cualidades que son semejantes a Dios.

Altanería de Dios

¿Qué es Dios en función de eso? ¿En qué sentido se puede decir que Dios es altivo?

No sé si existe en castellano la palabra "altivo" exactamente en el sentido que existe en portugués. Es una altura que se compara, que toma conocimiento de que es más alta, que siente y hace sentir que es más alta, pero con garbo, con distinción. Ese es el sentido de la palabra altivo.

Dios es infinitamente superior a todas las cosas. Y cuando nos imaginamos a Dios, terminada la Creación, complaciéndose en ella, y procuramos imaginar el cuadro de conjunto de Dios y la Creación, Él está infinitamente encima de la Creación, con una elevación inconmensurable, de la cual son imágenes creadas todas las cosas que se proyectan muy encima de todas las otras.

Y este árbol, por lo tanto, es una semejanza creada de la altivez increada de Dios. Incluso porque la altivez de Dios no es la misma que la de una sargentona, sino que es la altivez espiritual del Rey Divino, y, por lo tanto,

con este predicado del cual yo estoy hablando, aunque la fuerza también esté presente en ella.

Cuanto más noble y elevado, tanto más leve

Levedad. ¿Dios es leve? Nosotros notamos, en el orden de la Creación, de la pura Creación, una cosa curiosa. Cuanto más elevadas y quintaesenciadas son las cosas, más ellas dan al hombre una impresión de levedad. Por ejemplo, ¿cuál es la autoridad más leve: la del Rey o la del director de tránsito? El director de tren, con su bastón, es una autoridad más pesada que la del rey, que se cierne casi como una espuma sobre el reino. Él casi inspira más el reino de que propiamente lo gobierna a duros golpes.



Pai Eterno - Museu do Petit Palais, Avinhão, França

Tomemos la autoridad, por ejemplo, de un director de colegio y del vigilante del colegio, que pone a los niños en la fila y los castiga. El director del colegio solo pasa y mira; a veces hasta finge que no ve, pero ese fingimiento castiga. Los castigos del director de colegio son levísimos, mucho más eficaces que el castigo embrutecido del vigilante.

Cada uno de esos castigos tiene su razón de ser en el mundo del castigo. Pero, cuanto más se sube, tanto más leve es aquella reprensión como la autoridad que la ejerce. La superioridad de la inteligencia sobre la materia –por lo tanto, del hombre inteligente sobre quien no lo es– es una superioridad mucho más leve que la del hombre fuerte sobre quien no lo es.

Llega un campeón de boxeo y le dice a otro: "O tú haces tal cosa o yo te doy un puñetazo." Ahora bien, un hombre inteligente le dice a otro que no lo es: "Yo te voy a persuadir y, si no lo consigo, eso traerá muchos inconvenientes."

¿Cuál de los dos ejerció una autoridad más leve? Evidentemente aquel que ejerció una autoridad de un modo más noble, más elevado; en el caso concreto es la del hombre intelectual. Así por delante. Debajo de cierto punto de vista, cuando más las cosas son nobles y quintaesenciadas tanto más ellas son leves.

Levedad de la autoridad de Dios

La levedad, por lo tanto, es propia de aquello que es altísimo. Y así nos imaginamos a Dios cerniéndose en el Cielo con una levedad de puro espíritu increado, de la cual ni siquiera podemos tener una idea. Y por eso la iconografía católica, cuando presenta de vez en cuando al Padre Eterno cerniéndose sobre las nubes, nunca lo hace a la manera de un gigante. Yo no conozco una reproducción del Padre Eterno a la manera de un gigante; no conozco una representación de Nuestro Señor Jesucristo que dé la idea de estar ejerciendo una fuerza atlética contra cualquier cosa. Pero sobre todo con el Padre Eterno es característico. Es un anciano que se cierne en medio de las nubes, las cuales son su único soporte, y que parece no pesar sobre ellas, que parece que lo cargan sin esfuerzo. Todo es leve.

Imaginemos la impresión que tendríamos al ver un Padre Eterno enorme, aplastando al hombre con su simple presencia y sobre un mazo de nubes agrietadas debajo de su peso. Alguien dirá: "No, eso no es el Padre Eterno. ¡Esa representación está mal hecha, manden que la destruyan!"

Él debe tener, inclusive en su Majestad infinita, una cierta levedad propia a aquello que es excelso. Esa levedad, esa superioridad, esa elegancia son, por lo tanto, imágenes, semejanzas creadas de Dios Nuestro Señor que tiene eso de un modo absoluto.

Trascender de los reflejos creados al Creador

¿Eso quiere decir que Dios se parece a un árbol? De ningún modo. Quién conoce un reloj, tiene una cierta idea de cómo es el relojero, pero no se puede decir que él tenga cara de reloj. Es una cosa completamente diferente.

Hay una transposición, y ahí está la trascendencia que nos lleva hasta Dios. ¿Cómo se hace la transposición? Yo fabriqué la expresión elegante, altiva y leve. De esta exclamación yo pasé a la siguiente consideración: la altivez, la levedad, la elegancia increadas; altivez, levedad y elegancia absolutas, en relación a las cuales todas las formas de elegancia, de altanería y de levedad existentes en la Tierra no son sino reflejos creados y, ya desde ahí, están para lo increado como el reloj para el relojero. ❖

(Extraídos de conferencia del 27/12/1974)



Flávio Lourenço

Coronación de la Santísima Virgen
Museo del Petit Palais.
Avignon, Francia.

La verdadera humildad de la Sede de la Sabiduría

Nadie podría ser más humilde que Nuestra Señora, porque si la humildad es una virtud, Ella la tuvo en grado súper excelente e insondable, inconcebible por nosotros.

En su vida, la Santísima Virgen dio varias pruebas de esa virtud. Sin embargo, su humildad no consistía solamente en colocarse por debajo de todos, sino también en ver su grandeza excelsa de Madre de Dios y agradecerle los dones incomparables que le había dado a Ella.

Debemos pedir a Nuestra Señora la gracia de ver, a nuestro respecto, toda la verdad; de conocer nuestros defectos con objetividad, probidad y a fondo, mirándolos de frente.

Pero, también, que Ella se digne extirpar de nuestras almas todo residuo del concepto "herejía blanca" de humildad, con el cuello torcido, que es la caricatura de la auténtica virtud y que la expulsa de las almas, pues esa falsa humildad es una forma requintada de orgullo.

(Extraído de conferencia del 12/5/1967)